

Capítulo 1

El sonido estridente del despertador sacudió a la Dra. Chloe Davis de su sueño, demasiado temprano para ser lunes. Con un gesto ágil lo apagó y se preparó en silencio para un nuevo día. Moldeó su melena rubia en una cola de caballo hasta que quedó impecable y aplicó algo de maquillaje natural, realzando su aspecto profesional. Siempre se esforzaba por ofrecer un reflejo de la fortaleza interior que pretendía cultivar, más allá de las turbulencias que ocultaba.

Apenas el sol asomó por el horizonte, cerró la puerta de su casa y se encaminó hacia su clínica en el centro de Cayucos. El aire salino de la mañana la envolvía, y ella se deleitaba con esa tranquilidad previa al bullicio de los turistas. Cayucos cobraba vida en verano, pero las mañanas primaverales aún pertenecían a los locales.

Tras detenerse a beber un café negro y fuerte, Chloe entró en la clínica. Encendió luces y ordenadores, preparó las salas y revisó algunas historias clínicas. Era la misma rutina de cada mañana. Para las 8:15, ya estaba lista para la primera cita del día.

Emma, paciente habitual desde hacía una década, llegó para su chequeo anual. La conversación fluyó con naturalidad mientras Chloe realizaba el examen.

—¿Y cómo van las cosas en casa, Emma? —inquirió Chloe.

Emma suspiró, una sombra de tristeza cruzó su mirada.

—Ay, lo de siempre. Tom y yo apenas coexistimos ahora. La chispa entre nosotros se apagó hace años. Hace meses que no compartimos una conversación de verdad. Ya no te digo nada de sexo —añadió su paciente.

Chloe asintió comprensiva; su propia experiencia no distaba mucho. En el pasado, su matrimonio con Mark a menudo se asemejaba más a la convivencia de compañeros de piso que ocasionalmente tenían sexo. Sin embargo, no quería cargar a Emma con sus problemas. Su papel era escuchar y ayudar en lo que pudiese.

Tras la cita con Emma, Chloe se hundió en la silla de su oficina, masajeándose las sienes. La energía emocional que requería estar presente para sus pacientes era

abrumadora. Aunque proyectaba una imagen perfecta, por dentro se sostenía por un hilo.

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Al levantar la vista, vio a su amiga Ana López asomando la cabeza, su sonrisa era contagiosa. La maraña de rizos de Ana y su vestido manchado de pintura contrastaban con la seriedad de Chloe. Con su bufanda de arcoíris y varias pulseras de cuentas, Ana parecía lista para un festival de música, no para dirigir una galería en un turístico pueblo costero. Pero su personalidad vibrante encajaba a la perfección con el ambiente artístico de Cayucos. Era el antídoto perfecto para Chloe.

—¡Feliz lunes, preciosa! —exclamó con alegría, dejándose caer en la silla frente a Chloe—. Vengo con cafeína.

Le extendió un latte de vainilla. Chloe dio un largo sorbo, el dulce sabor la revitalizó.

—Eres un ángel. Pero ¿qué haces aquí tan temprano? —inquirió la doctora.

—Quería saber si estás libre para cenar esta noche —propuso Ana—. Hay un bistró francés nuevo en la Avenida Ocean que me muero por probar. ¿Te apuntas?

—Está bien, podemos ir a cenar —concedió Chloe.

—¡Genial! —Ana alzó el puño en señal de victoria—. Es una cita. Te recojo a las 8:00.

La mañana pasó en un torbellino de pacientes. Chloe finalizaba su última consulta antes del almuerzo cuando su recepcionista asomó la cabeza.

—Disculpa la interrupción, Dra. Davis, pero hay una visita sin cita que solicita verte. Una tal Erin Walsh —anunció.

Chloe se quedó petrificada. No podía ser ese nombre.

—¿Has dicho Erin Walsh? —preguntó con voz débil.

—Sí, te espera a la entrada.

El corazón de Chloe comenzó a tamborilear a una velocidad alarmante. Erin Walsh. Su primer amor, su compañera de instituto. Aquella que se escapó. La misma Erin Walsh cuya familia se había mudado al otro extremo del país en su último año de bachillerato, volcando el mundo de Chloe del derecho al revés. Intentaron mantenerse en contacto al principio, pero la vida se interpuso, y pronto, no fueron más que un eco de recuerdos mutuos.

¿Por qué había vuelto Erin a Cayucos después de más de veinte años?

Chloe aceleró el paso hacia la sala de espera, su acostumbrada profesionalidad disolviéndose como azúcar en un café caliente. Se detuvo en seco al ver a la mujer que se levantaba de la silla. Esos grandes ojos color avellana, cabello rubio y largo, sonrisa deslumbrante. Era Erin. Mayor y, contra todo pronóstico, incluso más hermosa, pero innegablemente, su Erin.

—¿Chloe? ¡Vaya, hola! —Erin avanzó rápidamente, pero luego se detuvo en un gesto torpe, claramente indecisa sobre si abrazarla o no.

Los brazos de Chloe parecían congelados a su lado. Su mente estaba en blanco. Solo podía mirar mientras un torbellino de emociones se agitaba en su interior.

—Erin —logró articular finalmente—. Estás... aquí.

Observación brillante, Chloe. Tenía ganas de darse una patada a sí misma.

Erin soltó una risa suave.

—Sí, supongo que debo explicarte. Me mudé de nuevo al pueblo hace unas semanas.

—¿Te mudaste al pueblo? —Chloe sacudió la cabeza, sin poder procesar aquellas palabras—. ¿De dónde? ¿Qué haces en Cayucos?

Dándose cuenta de que estaban teniendo este reencuentro en su vestíbulo, Chloe hizo un gesto para que Erin la siguiera a una sala de consulta antes de teclear rápidamente un mensaje a la recepcionista diciendo que tomaría un almuerzo largo.

En la sala de consulta, Erin se sentó en el borde de la camilla, parecía nerviosa.

—No he vivido en Boston desde el divorcio —anunció.

—¿Estuviste casada?

Chloe no sabía por qué esto la sorprendía. Ambas rondaban los cuarenta. Claro que Erin tendría una vida entera de la que no sabía nada, al fin y al cabo, no se habían mantenido en contacto. Aun así, enterarse de que había estado con alguien más provocó un pinchazo inesperado de celos en Chloe.

—Sí, terminó bastante mal el año pasado —Erin se encogió de hombros en un gesto triste—. Me di cuenta de que echaba de menos el océano, el sol. Quería volver a casa. Supongo que me sentía sentimental por este lugar y, bueno... por ti.

Erin levantó la mirada hacia Chloe a través de sus largas pestañas, un atisbo de su antigua energía íntima chispeaba entre ellas. El corazón de Chloe dio un traspie.

¡Vamos, recompite! Pensó para sí misma. Rápidamente, cambió al modo profesional antes de hacer algo estúpido como besar esos labios sobre los que había soñado desde el instituto.

—Es agradable verte de nuevo —dijo Chloe con una voz que intentaba ser firme—. ¿En qué puedo ayudarte hoy?

Erin pareció ligeramente desconcertada ante la fría compostura de Chloe.

—Ah, claro. Necesito abrir un historial en una nueva consulta médica. Y, eh, asegurarme de que sigo sana después del desastre de mi... matrimonio —intentó una risa forzada, mientras Chloe mantenía su fachada profesional y comenzaba la rutina de ingreso de una nueva paciente, a pesar de lo raro que suponía examinar a la única mujer que realmente había amado.

Tocar a Erin, incluso de manera clínica, era una tortura deliciosa. La energía coqueta que siempre había surgido entre ellas todavía hervía bajo la superficie mientras Chloe revisaba su respiración y reflejos. Un roce accidental de sus dedos contra el cuello de Erin hizo que Chloe se sonrojara como una adolescente.

Tras programar una visita de seguimiento, Chloe acompañó a Erin hasta el vestíbulo. Erin se giró hacia ella con cierta timidez.

—Ha sido realmente agradable verte, Chloe —dijo con voz suave—. Sé que probablemente fue un shock que apareciera así de repente. Pero lo que dije de que te echaba de menos es cierto.

Erin vaciló, mordiéndose el labio en un gesto nervioso que Chloe recordaba tan bien.

—¿Podríamos cenar algún día y ponernos al día? Solo si quieres, sin presiones. Me encantaría saber cómo has estado —propuso.

La armadura profesional de Chloe se resquebrajó un poco. ¿Cómo podía mantenerse distante cuando Erin la miraba con tanta sinceridad con esos suaves ojos color avellana? Podrían haber pasado veinte años, pero estar cerca de Erin hacía que Chloe se sintiera como esa adolescente locamente enamorada de nuevo.

—Creo que me gustaría —se sorprendió diciendo.

La sonrisa que Erin le devolvió fue como el sol que rompe las nubes en un día oscuro.

—¡Genial! —exclamó con alegría—. ¿Estás libre el viernes por la noche? Podríamos ir a algún lugar del muelle, revivir viejos tiempos.

Mariposas revolotearon salvajemente en el estómago de Chloe al pensarlo. Sabía que estaba jugando con fuego. Si no era cuidadosa, podría quemarse otra vez, como cuando Erin se fue sin previo aviso hacía tantos años. Chloe había protegido su corazón desde entonces, pero una sola mirada de esos ojos color avellana aún la dejaba indefensa.

—El viernes me va bien —se oyó decir a pesar de sus dudas.

La sonrisa de Erin hacía que valiese la pena correr el riesgo. Confirmaron los planes y luego Chloe observó cómo Erin se alejaba por la puerta, un torbellino de preguntas y emociones revoloteando en su interior.

El resto de la tarde transcurrió en un velo de distracción. La repentina reaparición de Erin había desestabilizado completamente a Chloe. Solo Ana, irrumpiendo en su oficina al final del día la sacó de su ensimismamiento.

—¿Lista para nuestra cita, preciosa? —canturreó Ana. Pero se detuvo en seco al ver a Chloe inmóvil detrás de su escritorio, con la mirada perdida en una taza de café frío.

—Vaya, ¿estás bien, Clo? Pareces como si hubieras visto un fantasma —susurró.

Un fantasma de mi pasado, pensó Chloe con ironía. Sacudió la cabeza, intentando disipar la neblina.

—Lo siento. Ha sido un día extraño. Erin apareció de la nada —admitió.

—¿Erin... espera, no te referís a Erin Walsh? —exclamó Ana—. ¿Tu gran amor del instituto? ¿Esa Erin?

Chloe asintió y se lanzó a contar la historia de su inesperada reunión matutina. Ana escuchó atentamente, su temperamento artístico deleitándose en el drama que su amiga contaba.

—¡Madre mía! —exhaló Ana—. ¡Vaya golpe de nostalgia! ¿Y ahora qué vas a hacer?

Chloe se encogió de hombros, indecisa.

—No tengo ni idea. Me invitó a cenar el viernes para ponernos al día.

—¡Tienes que ir! —aseguró Ana de inmediato—. Esto es el destino, Clo, una segunda oportunidad con tu alma gemela.

Chloe puso los ojos en blanco con cariño. Ana confiaba demasiado en nociones caprichosas como el destino y el azar. Pero una pequeña parte de Chloe se preguntaba si tenía razón.

—¿No crees que me estoy precipitando demasiado? —expresó preocupada—. Erin me rompió el corazón cuando se fue. No sé si puedo volver a confiar en ella.

—Clo, eso fue hace veinte años y ni siquiera fue su culpa, su familia se mudó lejos de aquí —argumentó Ana con suavidad—. Ahora sois personas distintas. Quizás la chispa sigue ahí. Te debes a ti misma descubrirlo.

Chloe titubeó. Quizás Ana tenía un punto de razón. Y si era honesta consigo misma, Chloe nunca había olvidado la conexión magnética que siempre compartió con Erin, esa sensación de posibilidad y aventura. Había echado de menos ese sentimiento. Su ordenada y predecible vida necesitaba un poco de agitación.

—Está bien, me has convencido —cedió—. Cenaré con ella el viernes.

—¡Sí! Esa es mi chica valiente —Ana apretó su brazo—. Ahora vamos a atiborrarnos de comida francesa cara y me lo cuentas todo...

Esa noche, Chloe hurgó en el fondo de su armario hasta encontrar una caja de cartón descolorida. La llevó al salón, el corazón le palpitaba entre la trepidación y la nostalgia.

Colocando la caja sobre la mesa, levantó lentamente la tapa. Dentro estaban todos los recuerdos de su relación con Erin: fotos, restos de entradas de cine, recuerdos del baile de graduación, las canciones que se habían grabado la una a la otra.

Chloe levantó cada objeto con delicadeza, mientras los recuerdos la inundaban. Se detuvo en una tira de fotos de una cabina donde se reían y se besaban juguetonas. Al mirar a los ojos avellana de Erin a los 18 años, volvió a ese amor apasionado y urgente.

Pero examinar el contenido también convocó el dolor de su despedida. Chloe se había sentido demasiado perdida cuando Erin se mudó. Había cerrado su corazón después de eso, temiendo volver a sentir de manera tan profunda y salir herida.

¿Podría derribar sus murallas y dejar que Erin volviera a su vida? La idea la llenaba de un temor emocionante. Con manos temblorosas, reubicó cada recuerdo dentro de la caja.

Aquella noche, los sueños de Chloe se tiñeron con vivencias cristalinas de Erin. Notas clandestinas en su taquilla, besos bajo la luz de la luna, la primera vez que sus manos

se entrelazaron con timidez. Chloe despertó antes del alba, el corazón desbocado, susurrando el nombre de Erin.

Preparó café al amanecer, perdida en el recuerdo de la pasión y desolación de aquel amor juvenil. El reencuentro con Erin había revivido aquellos sentimientos enterrados.

De pronto, con una claridad abrumadora, Chloe supo que debía descubrir si la conexión magnética entre ellas perduraba. Estaba exhausta de transitar una vida ordenada y predecible sin más. Se le presentaba la oportunidad de reconquistar la magia que una vez sintió con Erin. De volver a sentirse viva.

Sin permitirse vacilar, Chloe tomó su teléfono y marcó el número de Erin para confirmar la cena. La voz de Erin, colmada de emoción al sugerir un rincón romántico en el muelle para el viernes la llenó de alegría.

Tras colgar, llamó por FaceTime a Ana, quien respondió al primer tono.

—Son las 7 de la mañana, esto ha de ser importante si no quieres que te mate —bostezó Ana, su cabello rizado formando una aureola enredada sobre la almohada.

—¡Cenaré con Erin el viernes! —exclamó Chloe.

Ana se incorporó de un salto.

—¡No me digas! ¿Así que por fin confirmaste la cita? Solo prométeme que me contarás todos los detalles, ¡especialmente los más picantes!

Chloe entornó los ojos, pero no pudo reprimir una sonrisa. Fiel a su estilo, Ana imaginaba el encuentro con un exceso de romanticismo.

—No nos adelantemos —advirtió. Sin embargo, un aleteo de esperanza en su pecho le susurraba que, tal vez, el destino estaba conspirando para reunirla con Erin, esta vez para siempre.

Capítulo 2

El penetrante aroma del café oscuro y recién tostado envolvió a Chloe mientras cruzaba el umbral de su café predilecto, bañado por la luz de un día soleado. Respiró hondo, degustando el olor que auguraba el inicio de un día prometedor.

Tras pedir su café habitual —un latte de vainilla y un croissant de almendra—, Chloe se acomodó en una pequeña mesa junto a la ventana, con la última novela que la tenía cautivada entre las manos. Dio un primer sorbo al latte, sintiendo cómo se desanudaban las tensiones mientras el murmullo del concurrido café se convertía en

un ruido de fondo acogedor.

Chloe se sumergía en las páginas del libro cuando una voz desconocida que pronunciaba su nombre la sobresaltó. Alzó la vista y se encontró con una mujer de semblante amable y de su misma edad que se deslizaba en el asiento frente a ella. Tardó un instante en reconocerla —era Kate, una escritora recién llegada al pueblo. Solo la había visto una vez, cuando Ana la había llevado a la clínica un par de semanas atrás.

—Oh, Kate... hola —logró decir Chloe, intentando ocultar su ligero disgusto por la interrupción de su lectura.

—Espero que no te importe que me haya sentado sin invitación —dijo Kate con desenfado—. Te vi leyendo sola y pensé en saludarte. ¿Te conté que conocí a esa autora el año pasado?

—Claro, un placer verte de nuevo —respondió Chloe con cortesía, cerrando su libro con un suspiro apenas perceptible.

Kate, al parecer, buscaba conversación, así que su tranquila mañana de lectura se esfumaba. Bueno, un breve intercambio de palabras tampoco podía ser tan malo.

Mientras entablaban una conversación trivial sobre cómo Kate se adaptaba a Cayucos, la escritora soltó de manera casual:

—El otro día conocí a una mujer encantadora que me ha estado mostrando el pueblo —Erin Walsh. Tú la conoces, ¿verdad?

Chloe casi se atraganta con su trago de latte. ¿Erin? Intentó mantener una expresión neutra a pesar de lo que acababa de escuchar.

—Sí, Erin y yo nos conocemos desde los días del instituto —logró responder—. Hace años que nos conocemos.

—Ella mencionó ese dato —añadió Kate, con un brillo extraño en los ojos—. Dijo que salieron juntas en el instituto. Parece que aún piensa en ti con mucho cariño.

La boca de Chloe se secó. Su mente corría sin cesar: ¿Erin había hablado de ella con esta mujer a la que apenas conocía? ¿Qué estaba contando Erin sobre ella? Tomó otro sorbo apresurado de su latte, buscando ganar tiempo.

Por fortuna, la necesidad de responder se diluyó con la llegada de Ana, cuyo momento no pudo ser más oportuno.

—¡Ahí estás, Chloe! —exclamó su amiga, acercándose a la mesa—. ¿Lista para ir al mercado de artesanía?

Ana saludó a Kate con una cortesía rápida antes de volver su atención a Chloe.

—Lamento robártela, pero tenemos un encargo por hacer. Encantada de verte.

Antes de que Kate pudiera protestar, Ana, con su característica determinación, ya había conducido a una agradecida Chloe de vuelta a la calle.

—Uf, parecías necesitar un rescate rápido —comentó Ana con complicidad mientras avanzaban por la acera, del brazo.

Chloe exhaló un suspiro.

—No tienes idea. Esa mujer me ha pillado totalmente desprevenida al mencionar a Erin de esa manera.

Ana le dio una palmada en la mano.

—No dejes que te afecte, cariño. Así que Erin te mencionó de pasada a su nueva amiga... ¿y qué? Probablemente solo está tratando de tantear qué posibilidades tiene contigo.

Chloe mordisqueó su labio inferior. ¿Eran esas las intenciones de Erin? El pensamiento le provocaba un torbellino de emociones contradictorias que no se sentía preparada para manejar. Notando la ansiedad creciente de su amiga, Ana las guió hacia la biblioteca local, consciente de que Chloe necesitaba una de esas charlas alentadoras al estilo de su madre.

Al cruzar el umbral de la biblioteca, el aroma a vainilla, suave y reconfortante, se enredó en los sentidos de Chloe, transportándola a un estado de calma inmediato. La biblioteca era un refugio desde la infancia, un segundo hogar, donde la presencia de su madre Liz, que allí trabajaba desde que Chloe era una niña, impregnaba cada rincón con recuerdos felices. Solo estar allí era suficiente para elevar su ánimo.

Cuando Liz alzó la vista y las vio aproximarse al mostrador, su rostro se iluminó con alegría.

—¡Mis chicas favoritas! Qué sorpresa —exclamó.

Los abrazos que siguieron fueron cálidos, firmes, reconfortantes. Liz, con esa intuición materna que parecía ver más allá de las apariencias, estudió a Chloe con una mirada analítica y preocupada.

—¿Todo bien, cariño?

Chloe vaciló por unos instantes, pero las palabras comenzaron a fluir, contando el incómodo encuentro con Kate y sus preguntas sobre Erin. Liz estaba al tanto de toda la historia entre su hija y Erin, incluido el dolor que perduró después de que la familia de Erin se mudara.

Liz escuchó con atención.

—Parece que Erin podría estar intentando tantear el terreno, ver si hay alguna posibilidad entre vosotras dos. ¿Puede ser que volver a verlos haya despertado ciertos sentimientos antiguos para ella?

—Tal vez... —respondió Chloe, con una incertidumbre que teñía su voz, incapaz de desenredar sus propios sentimientos.

Liz le apretó la mano, transmitiendo una calma silenciosa.

—No tienes que precipitarte en nada, Chloe. Deja que las cosas se vayan dando día a día. Si realmente está destinado a ser con Erin esta vez, surgirá de forma natural, a su propio ritmo —le aseguró.

Chloe asintió lentamente, encontrando un refugio en las palabras de su madre. Tenía razón: no podía hacer más que intentar ignorar sus dudas y esperar a ver a dónde la llevaría esta inesperada segunda oportunidad con su primer amor del instituto.

Al salir de la biblioteca con Ana, una anticipación inquieta pero emocionante revoloteó en su interior, pese a sus dudas. La idea de reintegrar a Erin en su vida de manera permanente era tanto emocionante como aterradora. Pero se debía la oportunidad de explorar esos sentimientos enterrados durante tanto tiempo.

Después de que Ana la dejara en casa, Chloe se preparó una taza de té verde, un bálsamo para su revuelta mañana. Aunque el entrometido sondeo de Kate había sido frustrante, una parte de Chloe no podía negar su curiosidad: ¿estaría Erin realmente compartiendo detalles sobre su vida amorosa con casi desconocidas? Podría ser una señal prometedora de que también pensaba en reavivar su vieja conexión.

En ese momento, el móvil de Chloe vibró con un nuevo mensaje que aceleró su pulso. Era de Erin: "Espero que estés teniendo un fin de semana relajado. ¡Tengo ganas de cenar el viernes :)"

Chloe fijó la vista en el mensaje, las manos repentinamente húmedas. Tecleó y borró varias respuestas, buscando el tono casual adecuado para igualar el mensaje

despreocupado de Erin. Después de agonizar varios minutos, escribió: "La semana pinta bien hasta ahora. ¡Y yo también estoy emocionada por el viernes!"

Dejó el teléfono móvil sobre la mesa, los dedos aún temblorosos, el corazón desbocado. Fuera lo que fuera este renovado coqueteo con Erin, Chloe sabía que ya no había vuelta atrás. Quisiera o no, Erin Walsh había vuelto a entrar en su mundo después de 20 años, y Chloe debía prepararse para lo que sucediera a continuación entre ellas.

Capítulo 3

Al aproximarse al restaurante junto al mar, la luz menguante del sol bañaba el muelle de Cayucos con un resplandor dorado que parecía sacado de una escena romántica. Chloe jugaba de manera distraída con el delicado collar de plata, un regalo de Erin en su decimosexto cumpleaños. Los bordes, una vez lisos, se habían desgastado por décadas de nerviosos manoseos cada vez que Erin cruzaba su mente.

A pesar de los años transcurridos, la sola idea de ver a Erin esa noche hacía que el corazón de Chloe se agitara como el de una adolescente enamorada.

Recordaba con nitidez cada detalle de su primer encuentro en aquel lugar —las manos tímidas entrelazadas mientras paseaban por el paseo marítimo, los besos robados por encima de las luces centelleantes del carnaval, las primeras caricias en la intimidad de la cabina de la noria. Todo parecía ser al mismo tiempo tan reciente y tan lejano.

Chloe eligió un banco frente al mar para calmar sus nervios mientras esperaba, dejando que el compás hipnótico de las olas templara sus pensamientos desbocados. No podía permitirse echar a perder esto. Una segunda oportunidad con su primer amor se sentía demasiado milagrosa, demasiado valiosa para desperdiciarla.

Los minutos pasaban con una lentitud agonizante. Los ojos de Chloe se desviaban constantemente hacia su reloj mientras la anticipación se transformaba en inquietud. ¿Y si Erin había cambiado de idea? ¿Y si aparecer en su clínica después de dos décadas no había sido más que un impulso nostálgico pasajero?

Justo cuando Chloe sentía que su esperanza comenzaba a desvanecerse, escuchó pasos rápidos acercándose por detrás y una voz familiar que la llamaba:

—¡Chloe!

Se giró para ver a Erin avanzando hacia ella por el paseo marítimo, radiante y con la respiración agitada. El sol poniente iluminaba su piel. Estaba deslumbrante. A Chloe se le cortó la respiración.

—¡Erin! Empezaba a preocuparme al no verte —consiguió responder, esforzándose

porque su voz no temblara.

—Lo sé, lo siento mucho por llegar tarde —dijo Erin con sinceridad—. Quería estar guapa para ti y perdí la noción del tiempo.

Se pasó una mano de manera autocrítica por el vestido de tirantes color esmeralda que complementaba a la perfección su tez y cabello. Chloe siguió con la mirada aquel gesto mordiendo su labio inferior.

Actuando por instinto, extendió la mano para apretar suavemente el brazo de Erin.

—Estás absolutamente hermosa —dijo con suavidad.

La sonrisa de Erin fue como el sol que atraviesa las nubes tras una tormenta. Entrelazó su brazo con el de Chloe e inclinó la cabeza, señalando hacia los restaurantes que se alineaban en el muelle.

—¿Vamos? —propuso.

Juntas, caminaron por el paseo marítimo, saboreando la sensación de estar tan cerca de nuevo. Pronto, la conversación fluyó con la misma suavidad que las olas lamiendo la orilla, deshaciendo los años que las separaban. Se pusieron al día sobre carreras, cambios familiares, aventuras y desventuras.

Chloe se encontró confesando cosas que nunca había compartido con nadie; cómo se sintió perdida cuando la familia de Erin se mudó en su último año de instituto, convencida de que nunca encontraría un amor como el suyo de nuevo. Cómo el lento desmoronamiento de su matrimonio con Mark había drenado toda pasión de su vida en la última década. Se sentía irresistiblemente impulsada a desnudar su alma ante esta mujer que siempre la había conocido mejor que nadie.

En el íntimo restaurante junto al mar que Erin había elegido, la amalgama de vino, luz de velas y el reservado acogedor no tardó en disipar cualquier vestigio de incomodidad entre ellas. Chloe se conmovía al escuchar a Erin abrirse a su vez sobre su doloroso divorcio de un exmarido controlador. Charlaban y reían con la misma facilidad con que lo hacían cuando eran jóvenes enamoradas, y a Chloe le asombraba que todo fluyera tan natural, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Cuando la mano de Erin se deslizó sobre la mesa para cubrir ligeramente la de Chloe, el zumbido de electricidad entre ellas fue innegable, tal como ocurría años atrás. Sus miradas se entrelazaron, el aire se cargó de repente.

—He echado de menos esto tanto, Clo —dijo Erin con un susurro, acariciando con su pulgar la muñeca de Chloe—. Nunca dejé de preguntarme qué habría sido de nosotras

si mi familia no se hubiera mudado. Siempre estuviste en mi corazón.

Chloe tuvo que parpadear para contener las lágrimas que surgieron inesperadamente en sus ojos.

—Yo también te eché de menos. Más de lo que jamás podrías imaginar —confesó—. Estar aquí contigo de nuevo se siente...

—¿Predestinado? —propuso Erin con una sonrisa tierna que hizo que el interior de Chloe se derritiera.

Chloe rió con suavidad, girando la palma hacia arriba para entrelazar sus dedos con los de Erin.

—Iba a decir "irreal", pero me gusta mucho más tu palabra.

Ninguna de las dos estaba lista para que la mágica velada terminara después de la cena. Por un acuerdo tácito, se quitaron sus zapatos y los colgaron de una mano y remangaron los pantalones para pasear descalzas por la orilla iluminada por la luz de la luna.

Tímidamente al principio, y luego con más confianza, Erin entrelazó sus dedos con los de Chloe al caminar. Cuando Chloe apretó su mano suavemente en respuesta, Erin dejó escapar un pequeño suspiro que Chloe encontró completamente encantador. Incluso la simple intimidad de tomarse de las manos de nuevo envió una emoción a través de ambas mujeres, justo como cuando eran dos jóvenes de instituto.

Al final del muelle, se detuvieron para disfrutar de la sublime vista: la luz de la luna danzando sobre el agua, las olas centelleando como diamantes dispersos. Erin se volvió hacia Chloe, su expresión seria y penetrante.

—Chloe, sé que ha pasado mucho tiempo —comenzó titubeante—. Pero estar aquí contigo de nuevo me ha hecho darme cuenta de que nadie se ha comparado con lo que compartíamos. Fuiste mi primer y único amor verdadero.

Erin inclinó suavemente la barbilla de Chloe para que sus miradas se encontraran. Chloe podría ahogarse para siempre en la profundidad de esos suaves ojos de color avellana.

—Si pudiera viajar atrás en el tiempo y cambiar cómo terminaron las cosas entre nosotras, lo haría en un instante. Herirte es mi mayor arrepentimiento —aseguró con un gesto de dolor.

Chloe sintió punzadas de lágrimas naciendo en las esquinas de sus ojos.

—Siento exactamente lo mismo. Mi corazón sigue siendo tuyo. Siempre lo ha sido.

Lentamente, casi con reverencia, Erin se inclinó para besarla. Primero tierno como una brisa, luego encendiéndose en una llama ardiente. Los años se desvanecieron en un instante. El cuerpo de Chloe recordaba al de Erin, hundiéndose en los suaves y familiares contornos de su boca. El beso que había soñado durante dos décadas era ahora finalmente una realidad. Era como volver a casa.

Después de aquello, permanecieron de pie, con las frentes ligeramente unidas, salpicando el momento cargado de risitas entrecortadas como adolescentes. Erin alzó las manos para acunar con suavidad el rostro de Chloe.

—No quiero que esta noche acabe —susurró Erin, la anhelo palpable en su voz.

El pulso de Chloe se aceleró ante la insinuación. Sintiéndose audaz, sugirió:

—¿Vienes a mi casa?

Los ojos de Erin brillaron. Se inclinó para besar a Chloe de nuevo, esta vez un beso más profundo y cargado de pasión.

—No desearía nada más —afirmó cuando finalmente se separaron.

Eufóricas como adolescentes enamoradas, se apresuraron de la mano a lo largo del muelle de regreso al aparcamiento. En el porche de Chloe, recortadas contra la luz de la luna, Erin la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente antes de que finalmente entraran juntas en la casa, dispuestas a reconectar por completo al fin.

Más tarde, juntas en la cama de Chloe, intercambiando caricias y besos, se fueron reencontrando paulatinamente con los cuerpos de la otra hasta que el sueño se apoderó de ellas. Al adormecerse, con el brazo de Erin rodeando su cintura desnuda, el mundo finalmente se sintió perfecto.

En la suave luz de la mañana, Chloe se apoyó en un codo para contemplar el cuerpo dormido de Erin, jugueteando tiernamente con sus desordenados rizos castaños. Los ojos de Erin se abrieron lentamente al sentir el contacto, y sonrió con un bostezo.

—Hola —murmuró.

—Hola a ti —susurró Chloe, bajando la cabeza para dejar una estela de tiernos besos a lo largo de la mandíbula de Erin, arrancándole suspiros de deseo.

—Por mucho que quisiera quedarme así toda la mañana, realmente debería levantarme y prepararnos algo de desayuno —comentó Chloe, después de depositar un último beso en la hendidura de la garganta de Erin.

Erin se estiró perezosamente sobre las sábanas revueltas y el montón de almohadas, mientras Chloe se deslizaba fuera de la cama. Envuelta solo en un corto albornoz de seda, caminó hacia la cocina, muy consciente de que la mirada de Erin seguía cada uno de sus movimientos.

Pronto, el aroma del tocino frito se coló de vuelta en el dormitorio, y Chloe equilibraba una bandeja de desayuno repleta de comida. La colocó con cuidado sobre el regazo de Erin y se deslizó de nuevo en la cama a su lado.

Apoyadas en el cabecero, se dieron besos perezosos e interminables, entre bocados de huevos revueltos y tocino crujiente, riendo juntas por nada en particular como adolescentes emocionadas, una vez más.

Cuando terminaron de comer, Chloe apartó la bandeja a un lado en la mesita de noche y se acurrucó satisfecha con la cabeza apoyada en el pecho de Erin, escuchando el ritmo de su corazón. Erin sonrió y besó su cabeza mientras pasaba lentamente los dedos por las ondas rubias y alborotadas de Chloe.

Intercambiaron suaves besos mientras el sol de la mañana entraba a raudales, bañándolas en un resplandor cálido. No eran necesarias más palabras, sus cuerpos entrelazados lo decían todo.

Más tarde, Erin se despegó a regañadientes, sabiendo que no podía quedarse envuelta en los brazos de Chloe para siempre, por mucho que lo deseara.

—Probablemente debería irme pronto —suspiró, dejando pequeños besos en el hombro de Chloe.

Chloe atrapó la mano de Erin mientras comenzaba a alejarse, una sonrisa traviesa curvando sus labios.

—¿Estás segura? —la desafió con un guiño de ojo repleto de picardía.

Capítulo 4

Los últimos rayos de sol se filtraban por la ventana, tiñendo de ámbar la estancia. Erin se hundió agradecida en el sofá, una copa de vino tinto en la mano, dispuesta a relajarse con una vieja película tras la montaña rusa emocional que había supuesto su romántica cena en el muelle con Chloe la noche anterior.

La relación con Chloe era emocionante, sin duda, y delicadamente nueva, como los primeros brotes verdes de la primavera tras un largo y solitario invierno. Erin deseaba saborear y proteger esa preciosa posibilidad que se abría ante ellas. Si bien, hacía 20 años todo se había basado en el descubrimiento y la pasión, ahora, ambas más maduras, podían disfrutar plenamente de esa segunda oportunidad. Su relación era un retoño que merecía ser cuidado, pero, al mismo tiempo, era vulnerable.

Un repentino golpe en la puerta principal sacó a Erin de su ensimismamiento. Frunciendo el ceño, miró el reloj; casi las 8 de la tarde. ¿Quién podría aparecer sin aviso a estas horas de un sábado? La interrupción le causó una sensación inquietante que no lograba identificar.

Dejando a un lado su aprensión, abrió la puerta, preparada para despedir cortésmente a cualquier vendedor. Pero el porche estaba vacío, excepto por un sobre blanco y sencillo que reposaba de manera sospechosa contra el marco de la puerta. Erin dudó antes de cogerlo.

De vuelta en el interior, se dejó caer en el sofá y, con dedos temblorosos, abrió el sobre con cuidado. Su intuición le gritaba que no contenía nada bueno. Aun así, no estaba preparada para lo que se encontraría: una breve nota escrita a ordenador que heló su sangre al instante.

—Sé todo sobre ti y Chloe. Termina eso inmediatamente y vuelve a Boston, o lo lamentarás seriamente. Esta es tu única advertencia.

Las palabras de amenaza se desdibujaron ante los ojos de Erin. No necesitaba una firma para saber exactamente quién lo había enviado: Grant, su controlador exmarido que le había hecho la vida imposible durante años hasta que finalmente consiguió huir de su asfixiante dominio.

En su mente, podía escuchar la voz fría y calculadora de Grant susurrando la amenaza, enviándole un escalofrío por toda la espalda. Su negativa a dejarla ir la había seguido todo el camino desde Boston, como una nube de tormenta que amenazaba con envenenar el nuevo capítulo que ella y Chloe estaban descubriendo juntas. Todo su interior se retorció de miedo y furia.

En una serie de dolorosos flashbacks, Erin recordó el trauma de su relación durante una década con Grant, que la llevó a divorciarse después de años de turbulencia interna y dudas sobre sí misma. Para el mundo exterior, Grant había sido un médico muy respetado; adinerado, encantador y enamorado de su hermosa esposa.

Pero tras las puertas cerradas, en la intimidad, su matrimonio de 10 años, la había despojado de su autoestima, su independencia y cualquier lazo con sus seres queridos.

El abuso emocional y psicológico había escalado a la violencia física hasta que ya no pudo más y consiguió salir.

Cuando Erin encontró por fin el coraje para irse, la gélida promesa de despedida de él la atormentó: nunca estarás libre de mí, Erin. Me perteneces.

En ese instante, olas de pánico amenazaron con arrastrar a Erin hacia las profundidades mientras se sentaba de nuevo en el sillón. Congelada, con los nudillos blancos de apretar la escalofriante nota de Grant. El santuario y la seguridad de su propia casa se sintieron de repente violados. La había rastreado con demasiada facilidad hasta ese remoto pueblo costero al que había huido con la esperanza de desaparecer de su radar. Miró a su alrededor con cautela, la piel erizada por la ineludible sensación de que aún estaba siendo observada.

Con las manos temblando, Erin capturó con su teléfono imágenes de la nota antes de consumirla en llamas en el fregadero de la cocina, como si aniquilar esa evidencia física pudiera, de alguna forma, borrar la amenaza de su exmarido. No obstante, aquellas palabras continuaron ardiendo en su mente en un ciclo interminable, imposibles de olvidar.

Su primer impulso fue llamar a Chloe, anhelando desesperadamente la seguridad de su voz y el consuelo de su presencia. Pero Erin se detuvo en seco, no quería empañar el delicado equilibrio que florecía entre ellas, ni arrastrar a Chloe a la obsesión sádica de Grant por controlar su vida.

En su lugar, marcó el número de su amiga Kate, quien contestó al segundo tono y llegó en quince minutos más tarde mientras Erin confesaba, entre lágrimas, lo sucedido. Encontró a Erin caminando frenéticamente por el salón y la envolvió en un fuerte abrazo en un intento por calmarla.

—Lo superaremos. No dejaré que te haga más daño —le aseguró.

La suave voz de Kate permitió a Erin liberar algunas de las lágrimas de pánico que había contenido. Kate pasó un brazo sobre sus hombros mientras las guiaba a la cocina y le preparó un té verde bien caliente con una cucharada de miel.

Frente a dos tazas humeantes, Kate convenció a una reticente Erin de llamar a la policía de inmediato, para al menos alertarles de que Grant la había localizado y estaba claramente desestabilizado. Aun así, Erin vaciló, insistiendo en que Grant probablemente solo intentaba intimidarla desde el otro lado del país. Se negó a ceder el pequeño fragmento de poder que le quedaba, permitiendo que unas meras palabras escritas en un papel controlaran de nuevo su vida. Esta vez no dejaría que la intimidase tan fácilmente.

Kate accedió a no involucrar a la policía por el momento.

—Pero a la primera señal de peligro real o que él aparezca en el pueblo, hay que sacar las garras con ese psicópata —advirtió alzando las cejas.

Erin asintió, respirando temblorosamente, deseando poder absorber aunque fuera una fracción del coraje y convicción de su amiga. Pero no podía ignorar la dura realidad; a pesar de su desafío, estaba aterrada. ¿Cómo había llegado a creerse capaz de escapar del alcance de la riqueza y conexiones de Grant? Era un auténtico psicópata.

A la mañana siguiente, Erin se despertó sintiéndose como si tuviera resaca y sin haber descansado tras una noche prácticamente en vela, sumergida en un torbellino de emociones. Pero ver un dulce mensaje de texto de Chloe al despertar alivió instantáneamente la opresión en su pecho.

—¡La noche del viernes fue absolutamente increíble! Me muero de ganas por repetirla pronto.

Necesitaba escuchar la voz de Chloe, así que Erin le propuso desayunar en su cafetería favorita junto al mar. Al poco tiempo, la vista de Chloe esperándola allí, con el cabello alborotado por el viento y una sonrisa resplandeciente iluminando su rostro, le cortó la respiración. Al intercambiar el primer beso, sus preocupaciones se desvanecieron.

Entre esponjosas tortitas de naranja y ricota y dos tazas de café fuerte, Erin se encontró confesando todo lo sucedido la noche anterior; la siniestra nota, cómo Grant la había rastreado a pesar de la distancia entre Boston y Cayucos, el miedo paralizante de hasta dónde podría llegar para cumplir sus amenazas.

Chloe escuchó atentamente, un extraño sentimiento de ira naciendo en su interior a pesar de ser una persona que siempre rehuía el conflicto.

—Ese monstruo —murmuró apretando los dientes apretados al conocer el contenido de la nota. Tomó las manos de Erin entre las suyas y las apretó—. Superaremos esto juntas, te lo prometo —declaró—. No permitiré que siga sabotando nuestra segunda oportunidad.

La convicción absoluta en la voz de Chloe casi llevó a Erin a las lágrimas de alivio. Con su apoyo, Erin se sintió capaz de respirar profundamente tras peso que siempre desencadenaba la presencia de Grant. Su exmarido ya no tenía verdadero poder sobre su corazón ni su felicidad.

Chloe, siempre pragmática, insistió en que debían tomar medidas legales de inmediato y sugirió una orden de alejamiento. Erin, todavía con reservas, accedió; no podía hacer

daño al menos explorar discretamente las distintas opciones para asegurar su protección ante cualquier futura intromisión o acoso de Grant.

Días más tarde, tensas como una cuerda de violín a punto de quebrarse, Kate acompañó a una Erin cargada de ansiedad a la comisaría local para indagar sobre la obtención de una orden de alejamiento contra su exmarido. No obstante, el oficial que tomó su declaración mostró un escepticismo que las dejó heladas, catalogando la nota amenazante de Grant como "tácticas de intimidación comunes de un ex celoso al otro lado del país".

Aludiendo a la falta de evidencia de un peligro inminente, declinó tomar alguna medida, dejando a Erin desamparada y con la sensación de estar completamente desnuda ante el peligro.

Esa noche, alrededor de una cena que no lograba levantar su ánimo, Erin se descubrió confesando a Sara, por teléfono, su creciente frustración ante la falta de apoyo policial.

—Este tipo me ha hecho vivir un infierno durante años a través de torturas psicológicas y eventualmente abuso físico. Aun así, continúan restándole importancia como si no fuese gran cosa solo porque no ha aparecido aquí en persona, todavía —confesó Erin llena amargura, atravesando un rollito de primavera con su tenedor.

—Sé que es muy difícil, pero por favor no dejes que las amenazas de Grant ocupen más espacio en tu mente o corazón —aconsejó Sara con su característica calma—. Tienes tanta felicidad esperándote con Chloe ahora. Mantén tu enfoque en avanzar hacia esa luz en lugar de dejarte arrastrar de nuevo a la oscuridad.

Erin exhaló con temblor, buscando la calma. Quizás Sara tenía razón: no podía seguir concediendo a Grant poder sobre su nueva vida. No podía seguir viviendo en un estado de miedo constante. Si lo hacía, él ya habría ganado el juego. Se lo debía a sí misma, y a Chloe, debía mantenerse fuerte.

Más tarde esa misma noche, mientras Erin estaba tumbada en la cama, despierta, preocupada por el siguiente movimiento de Grant, llegó un mensaje tranquilizador de Chloe.

—Dulces sueños, preciosa. Solo recuerda que estoy aquí si me necesitas. Eres fuerte y valiente. Tienes todo mi amor.

En los días siguientes, Erin se sumergió en su trabajo, diseñando una nueva instalación de jardín para un cliente, ávida de cualquier distracción que la alejara de la nube negra de las amenazas de Grant. Centrarse en traer belleza al mundo a través de su arte se sentía empoderador.

Al final de la semana, Kate le informó que había concertado una consulta con un conocido abogado especialista en órdenes de alejamiento y casos de violencia doméstica. Por primera vez, Erin permitió que una chispa de esperanza iluminara la sombra que Grant proyectaba sobre ella.

Contenta con la noticia, Erin decidió sorprender a Chloe llevándole la cena al final de su turno a la clínica. Sabía que Chloe había estado trabajando horas extras últimamente.

Cuando Erin llegó, portando una deliciosa comida y una sonrisa, los ojos de Chloe se iluminaron. Mientras comían pad thai vegetariano juntas en una de las salas, Erin se dio cuenta de que estar en la presencia de Chloe era el único antídoto necesario para contrarrestar la toxicidad de su exmarido.

De regreso a casa esa noche, Erin bajó las ventanillas del coche para dejar que la brisa del océano refrescase su rostro. Por primera vez en semanas, se sintió esperanzada respecto al futuro.

Capítulo 5

La luz temprana del sol se colaba ya a través de las cortinas, tiñendo la habitación con una dorada calidez. Erin sonrió para sí misma mientras observaba a Chloe dormir, su cabello rubio desparramado sobre la almohada como si fuese un halo. No podía creer la suerte que tenía al haber recibido esa segunda oportunidad con la única mujer que realmente había amado.

La noche anterior, durante la cena, Erin había propuesto escaparse el fin de semana, solo ellas dos.

—Sin trabajo, sin estrés, solo tú y yo y la carretera abierta ante nosotras —había dicho con un guiño juguetón.

La sonrisa en respuesta de Chloe iluminó su rostro por completo.

—Me parece una idea increíble —contestó—. Realmente necesito un descanso de la realidad. Necesito desconectar —admitió, asintiendo lentamente con la cabeza.

Ahora, Erin contenía con dificultad la emoción por la escapada romántica que había planeado. Se inclinó para dejar un beso tierno en la sien de Chloe.

—Despierta, preciosa —susurró.

Los ojos verdes de Chloe se abrieron lentamente.

—Mmm... buenos días —murmuró con voz somnolienta.

—Deberías empezar a prepararte —dijo Erin, depositando otro beso en sus labios—. Nos espera un gran día.

Chloe se apoyó en un codo sobre el colchón, mirando curiosa.

—¿Oh? ¿Y exactamente, a dónde vamos en esta cita misteriosa?

—Ya verás —respondió Erin con una sonrisa enigmática.

Erin se deslizó fuera de la cama para comenzar a preparar el desayuno, enviando a Chloe un beso juguetón con la mano, como si lo estuviese soplando en su dirección.

Mientras desayunaban esponjosas tortitas coronadas con fresas frescas, Erin finalmente reveló su destino: un encantador bed and breakfast en un acantilado con vistas al Pacífico. Había reservado una cabaña privada con vistas al océano y apartada del resto de la posada.

—Me muero de ganas de tenerte toda para mí sin interrupciones este fin de semana —aseguró Erin, acariciando la mano de Chloe.

Los ojos de Chloe brillaban de emoción al escuchar sus palabras.

—Suenas absolutamente perfecto —reconoció—. El océano, el romance y lo más importante, tú... ¿qué más podría desear?

Después de compartir varios besos más, finalmente se despegaron de la mesa de la cocina y hacer las maletas para su escapada costera improvisada. Erin escribió rápidamente una nota a los encargados del lugar, solicitando pétalos de rosa, velas y champán que les esperarían en la habitación a su llegada. Quería que todo fuera impecablemente perfecto para Chloe.

Pronto, viajaban por la carretera en el descapotable de Erin, las manos unidas, sus dedos entrelazados sobre la consola central mientras una brisa marina les revolvía el cabello. La radio tocaba una mezcla de sus canciones favoritas de la escuela secundaria, y cantaban a todo pulmón, sintiéndose libres y jóvenes de nuevo.

Era ya tarde cuando llegaron al encantador bed and breakfast de tejados de pizarra. Estaba enclavado en un risco y rodeado de coloridas flores silvestres.

—Es absolutamente encantador —exclamó Chloe, juntando las manos emocionada.

En la recepción, Erin confirmó la reserva y los detalles de la cabaña con la amable anciana que las atendía.

—Hacen una pareja encantadora —comentó con amabilidad—. ¿Hace cuánto que están juntas?

—Es... complicado —admitió Erin lanzando una sonrisa afectuosa hacia Chloe—. Pero la he amado toda mi vida, desde que éramos solo unas adolescentes—. Los ojos de Chloe brillaron ante la confesión.

La cabaña privada con vistas al océano le robó el aliento a Chloe. Pétalos de rosa se esparcían sobre la cama y una botella de champán esperaba sobre un elegante cubo hielo. Unas ventanas de suelo a techo les ofrecían vistas interminables y cautivadoras al océano Pacífico.

Chloe se giró hacia Erin, sus ojos centelleaban de emoción.

—No puedo creer que hayas hecho todo esto por mí —murmuró con voz suave.

—Te mereces ser mimada y enamorada de nuevo —insistió Erin, rodeando con sus brazos la cintura de Chloe y atrayéndola hacia sí—. Este fin de semana es solo nuestro —le aseguró.

Compartieron un beso largo, sin prisa, antes de separarse para ducharse y cambiarse a vestidos ligeros para la cena. Erin no podía apartar la vista de las piernas bronceadas de Chloe y de su sonrisa radiante. Se sentía la mujer más afortunada del mundo en esos momentos.

La cena fue un algo íntimo, a la luz de las velas en el patio trasero, con una maravillosa puesta de sol sobre el mar de fondo. Se tomaron de las manos sobre la mesa, y brindaron varias veces por su futura felicidad juntas.

—Por las segundas oportunidades —dijo Chloe con una amplia sonrisa.

—Por los nuevos comienzos —respondió Erin, llevando la mano de Chloe a sus labios para besarla.

Degustaron un cremoso bisque de langosta, un jugoso filete mignon y un soufflé de chocolate maravilloso, charlando y riendo con facilidad. Bajo la mesa, sus pies se rozaban constantemente.

—¿Te he dicho lo increíblemente hermosa que estás esta noche? —preguntó Erin con voz ronca, admirando cómo la luz de las velas iluminaba el cabello dorado y la piel de porcelana de Chloe.

Chloe sonrió, sus mejillas se ruborizaron bajo la intensa mirada de su novia—. Solo unas diez veces durante esta cena, pero no dejes de decírmelo —bromeó.

El pequeño hotel proporcionó una actuación musical en el patio después de la cena para los huéspedes. Erin tiró de Chloe hacia sí, guiándolas en un baile lento al compás de la melodía romántica que escuchaban. Chloe descansó la cabeza en el hombro de Erin, sus pies descalzos moviéndose al unísono sobre las baldosas de piedra.

—Ya me angustia que este fin de semana termine —confesó Chloe en un susurro—. Todo se siente tan bien cuando estamos juntas así.

La respuesta de Erin fue un tierno beso en su sien.

—No pensemos en la vida real ahora, amor —dijo mientras hacía girar a Chloe con elegancia antes de volver a atraerla hacia su abrazo—. Nos queda toda la noche...

Una vez que la música terminó, pasearon de la mano a lo largo de la orilla iluminada por la luna, deteniéndose con frecuencia para dedicarse besos apasionados que las dejaban sin aliento.

—Cuéntame tus sueños, Clo —dijo Erin, rompiendo el cómodo silencio—. ¿Cómo es tu futuro, tu felices para siempre?

Chloe se volvió hacia ella, sus ojos reflejaban el brillo de las estrellas.

—Sinceramente, se parece mucho a este fin de semana. Tú, yo, romance, risas, pasión... —elevó la mano de Erin a sus labios para besar sus nudillos—. Mi sueño es que cada día contigo sea tan mágico como este.

La emoción atenazó la garganta de Erin. Nadie había descrito un futuro con ella de forma tan exquisita antes.

—Yo también quiero todo eso, contigo —logró decir finalmente—. Esto se siente como nuestra segunda oportunidad de tener la vida juntas que siempre merecimos.

Abrazadas, se dejaron caer sobre la suave arena, uniéndose en un beso feroz, casi desesperado bajo la luz de la luna.

Cuando el frío las obligó a entrar en la cabaña, la pasión que habían avivado toda la noche se encendió al instante en cuanto la puerta se cerró tras ellas. La ropa quedó a sus pies de manera apresura, las manos y bocas redescubrían con urgencia sus cuerpos.

—Jamás he sentido algo tan fuerte por alguien como lo siento por ti —confesó Chloe descansando su cabeza sobre el pecho de Erin—. Creo que podrías ser mi alma gemela.

—Yo supe que eras mi alma gemela desde que tenía 18 años —admitió Erin con la voz entrecortada—. Te amo, Clo. Por siempre.

Al día siguiente, Erin se levantó con el alba, decidida a dejar que Chloe durmiera hasta tarde andes de salir de vuelta hacia Cayucos. Se deslizó silenciosamente de entre las sábanas y caminó hacia la cocina, llevando solo una camiseta de dormir, grande y holgada.

Tarareando suavemente, cortó fresas frescas y las dispuso con arte alrededor de un montón de gofres belgas bañados con crema batida. Colocó un pequeño jarrón con una rosa roja y dos tazas humeantes de café antes de equilibrar la bandeja y caminar de puntillas de regreso al dormitorio.

Chloe comenzaba a despertarse cuando Erin depositó la bandeja sobre su regazo.

—Buenos días, hermosa —la saludó con un beso—. Vengo con obsequios.

—¿Desayuno en la cama? —preguntó Chloe con sorpresa—. Una chica podría acostumbrarse a este tipo de mimos.

Se alimentaron mutuamente con trozos de gofres entre besos, saboreando una intimidad simple. El sol que se colaba por las ventanas hacía que el cabello de Chloe brillara con reflejos dorados. Erin pasó sus dedos por esas ondas alborotadas, abrumada por la emoción.

—¿Te he dicho ya hoy que eres la mujer más hermosa que he visto? —susurró.

Chloe respondió atrayéndola hacia sí para regalarle un beso largo y cargado de pasión. Cuando finalmente tomaron aire, con las mejillas sonrojadas, Erin se acurrucó contra Chloe, satisfecha.

—Desearía que siempre fuera así —suspiró Chloe.

Erin se apoyó en un codo, su semblante se tornó serio de repente.

—¿Y si pudiera ser así?

Las cejas de Chloe se alzaron en sorpresa.

—¿A qué te refieres?

Erin tomó aire y lo expulsó con lentitud.

—Quiero decir, ¿y si hiciéramos esto —nosotras— ¿permanente? Quiero despertarme a tu lado cada mañana, Chloe. Ven a vivir conmigo.

La boca de Chloe se abrió en asombro. La mirada de Erin buscó sus ojos con esperanza durante un largo rato que pareció infinito.

—¿Estás... estás segura? —balbuceó finalmente Chloe—. Es un paso importante...

Erin tomó ambas manos de Chloe con firmeza entre las suyas antes de responder.

—Nunca he estado tan segura de algo en toda mi vida. Estas últimas semanas contigo han sido un sueño. Estoy lista para comprometerme completamente con esto, con nosotras. Sé que es muy poco tiempo, pero ya no somos niñas.

Extendió la mano para colocar un mechón de cabello detrás de la oreja de Chloe con ternura.

—Entiendo si necesitas más tiempo, pero tenía que decirte lo que siento. Quiero una vida contigo, Chloe —le aseguró.

Chloe se lanzó hacia adelante para capturar los labios de Erin en un beso apasionado que las dejó sin aliento.

—Sí —aceptó con alegría cuando finalmente se separaron—. Mil veces sí. Hagámoslo, vivamos juntas.

El rostro de Erin se iluminó de pura alegría. Riéndose nerviosa, atrajo a Chloe hacia sí, abrazándola con fuerza.

—Me has hecho la mujer más feliz del mundo —declaró, con los ojos brillando por las lágrimas.

La mañana transcurrió en una empañada felicidad: besos interminables, conversaciones llenas de ilusión sobre la logística de su convivencia y la construcción de planes a futuro.

Pero, como todo lo bueno, aquel fin de semana idílico tocaba a su fin. Mientras Erin acomodaba las maletas en el coche, Chloe lanzó una última mirada melancólica al encantador bed and breakfast que estaban a punto de abandonar.

—Este lugar siempre será especial —comentó, apretando la mano de Erin.

Durante el viaje de regreso por la autopista costera, con su paisaje digno de postal, Erin no podía dejar de sorprenderse de lo absolutamente perfecto que todo parecía. Chloe hablaba sin parar, entusiasmada ante la nueva vida que se abría ante ellas, sobre ideas de decoración para su nuevo hogar compartido y qué pertenencias debería trasladar primero.

El corazón de Erin latía con fuerza al escucharla planificar con tanto entusiasmo. Aquella mujer, vibrante y apasionada, sentada a su lado, eligiéndolas a ambas como pareja, era la felicidad que Erin jamás se había atrevido a esperar.

Capítulo 6

Al llegar a casa de Chloe, Erin elevó su mano hasta sus labios para besarle los nudillos.

—¿Qué nos impide hacer que cada día sea mágico? —preguntó.

Chloe inclinó la cabeza, intrigada. Erin tomó aire profundamente, con el corazón galopando en su pecho.

—¿Por qué tenemos que ir mudándonos a vivir juntas poco a poco? Ven a vivir conmigo de inmediato, Chloe —exclamó ilusionada—. Estoy lista para que empecemos nuestra vida juntas de verdad hoy mismo.

Los ojos de Chloe se agrandaron, a continuación, una sonrisa radiante se esparció por todo su rostro.

—Esperaba que lo pidieras —admitió—. El tiempo sin ti me ha hecho darme cuenta de lo vacía que se siente mi casa sin tu presencia.

Erin soltó una pequeña carcajada y alzó las cejas.

—¿Eso es un sí?

Como respuesta, Chloe rodeó la mesa hasta llegar a su lado y la atrajo hacia un beso apasionado.

—Sí, cien veces sí —confirmó al separarse.

Erin sonrió con picardía.

—¡Empecemos a empaquetar tus cosas ahora mismo!

En el dormitorio, sacaron cajas viejas y cinta adhesiva. Chloe envolvía con cuidado sus

queridos adornos y libros mientras Erin intentaba doblar la ropa, distraída por las cosquillas de Chloe. Sus risas y besos robados entre tarea y tarea resonaban en unas paredes que durante demasiado tiempo solo conocieron silencio.

Chloe descubrió una tira de fotos descolorida de una cita que había tenido con Erin en el instituto, riéndose de sus caras divertidas y poniendo morritos a la cámara.

—Siempre miro esto y pienso en lo que podría haber sido si tu familia no se hubiera mudado —dijo con nostalgia.

Erin rodeó a Chloe con sus brazos desde atrás, apoyando la barbilla en su hombro.

—Ahora tenemos nuestra segunda oportunidad —señaló con ternura.

Chloe se giró para mirar a Erin sin romper el abrazo.

—¿Sabes? He comprendido algo este fin de semana —comentó pensativa, jugando con un mechón del pelo cobrizo de Erin—. Mis sentimientos por ti nunca se desvanecieron a lo largo de los años. Solo... hibernaron en mi corazón hasta que estuve lista para ti de nuevo.

Erin la atrajo más cerca, la garganta seca por la emoción.

—Clo... tú también has estado siempre en mi corazón, esperando hasta que ambas pudiésemos estar juntas —susurró y suavemente rozó sus labios contra los de Chloe, sellando ese amor que renacía entre ellas.

Avanzada la tarde, rodeadas de cajas y montones de pertenencias descartadas, finalmente colapsaron juntas en el sofá del salón, exhaustas pero felices.

—¿Pizza y una película para celebrar la primera fase de la mudanza juntas? —propuso Erin, dejando un beso rápido en la frente de Chloe, que reposaba contra su hombro.

—Mientras esa película incluya bastantes besos, tienes un trato —respondió Chloe con una sonrisa juguetona, inclinando su rostro para un beso de verdad.

Las cosas se intensificaron rápidamente, la pizza quedó olvidada. Erin sujetó gentilmente a Chloe contra los cojines del sofá, con las manos recorriendo con urgencia su cuerpo.

—Te deseo, Clo —murmuró contra la piel desnuda—. Aquí y ahora...

Un fuerte golpe en la puerta principal las devolvió bruscamente a la realidad. Sin aliento, se separaron, sorprendidas.

El corazón de Erin latía con fuerza mientras se acercaba cautelosamente a la puerta de entrada. No era hora de visitas inesperadas. Sin embargo, el porche estaba vacío, salvo por un sobre blanco y siniestro que reposaba contra el marco de la puerta.

Llevaba por destinatario un simple "Erin". Con dedos temblorosos, lo abrió y encontró una nota breve y escalofriante, mecanografiada en mayúsculas:

ESTE ES TU ÚLTIMO AVISO. REGRESA A BOSTON O ATENTE A LAS CONSECUENCIAS.

Una corriente gélida recorrió la sangre de Erin. No necesitaba una firma para saber que era de nuevo de Grant, su ex abusivo, que intensificaba sus amenazas. El miedo le oprimía el pecho, mezclado con ira. Había creído que por fin se había liberado de él.

Chloe percibió su expresión angustiada al instante cuando volvió al sofá.

—¿Qué sucede? —preguntó con preocupación, buscando la mano de Erin.

Erin simplemente le pasó la nota, con la mandíbula apretada. Chloe recorrió las palabras rápidamente, su rostro palideciendo.

—Dios mío, Erin —susurró—. Pensé que ya te iba a dejar en paz...

Erin se pasó una mano por el rostro, sintiéndose enferma, con ganas de vomitar.

—Yo también —confesó con voz quebrada—. Supongo que fui ingenua al pensar que mudarme al otro lado del país podría detener a un hombre tan sádico y obsesionado con controlarme.

Dirigió una mirada hacia Chloe.

—Lo siento tanto, Clo. Nunca quise arrastrarte a la pesadilla de mi pasado.

Chloe atrajo a Erin hacia un fuerte abrazo.

—No te disculpes —insistió, acariciando su espalda con suavidad—. Ahora estamos en esto juntas. Haré lo que sea necesario para mantenerte a salvo.

Erin exhaló temblorosamente, permitiéndose un breve momento de alivio en la seguridad de los brazos de su novia. Pero un frío temor aún le apretaba las entrañas. Había subestimado peligrosamente de lo que Grant era capaz.

Esa noche, Erin yacía en la cama rígidamente despierta mucho después de que Chloe

finalmente se quedase dormida a su lado, inquieta y agitada. La nota amenazante nublab a su mente, las palabras resonaban implacables.

No conseguía sacudirse la sensación de ser observada, vulnerable. Imaginaba a Grant acechando en cada sombra justo más allá de la ventana. Los cerrojos de las puertas de repente le parecían ridículamente endebles.

En los días siguientes, Erin estaba cada vez más tensa. Casi saltó fuera de su cuerpo cuando el gato del vecino cruzó su camino al ir a buscar el correo. Las tablas del suelo que crujían por la noche le cortaban la respiración con miedo, hasta que recordaba que la vieja casa simplemente hacía ese tipo de ruidos.

Chloe se preocupaba por el deterioro del estado emocional de Erin, pero no sabía cómo consolarla. La emoción inicial de mudarse juntas se había evaporado por completo, reemplazada por el temor a esta amenaza desconocida.

Una tarde, después de cenar, Erin creyó ver la figura de un hombre agachándose detrás del porche a través de la ventana de la cocina. Entrecerró los ojos, escudriñando la oscuridad, pero no vio nada fuera de lugar en el patio trasero, excepto su propio reflejo atenuado en el cristal. Aun así, no podía desprenderse de un escalofrío de inquietud.

—¿Qué te pasa? —preguntó Chloe desde el fregadero, notando la distracción de Erin.

Erin vaciló, sintiéndose absurda.

—Va a sonar a paranoia, pero... creí ver a alguien afuera justo ahora. Observándonos.

Los hombros de Chloe se tensaron, pero su tono se mantuvo sereno.

—Probablemente ha sido un juego de luces, cariño, un reflejo —aseguró con dulzura.

Aun así, insistió en revisar el patio trasero, regresando minutos después sin haber encontrado nada. Erin trató de ignorar la evidente lástima en los ojos de Chloe. Era ridículo, Grant estaba a miles de kilómetros en Boston todavía. Aunque tuviese alguien en Cayucos ayudándole, una cosa es dejar una carta junto a la puerta de entrada y otra arriesgarse a hacer algo más grave.

Al rayar el alba del día siguiente, cuando partieron hacia sus quehaceres diarios, Erin percibió inmediatamente algo que le hizo encogerse el corazón en un puño: los arbustos de rosas a lo largo del sendero de entrada habían sido arrancados con violencia y despedazados; los pétalos rojo sangre esparcidos por los escalones parecían una señal amenazante.

Erin giró, su rostro desencajado y pálido.

—¿Por favor, dime que tú también lo ves?— suplicó con voz entrecortada—. Dime que no estoy loca...

Chloe, muda, negó con la cabeza, consternada. Atrajo hacia sí a Erin, que temblaba como una hoja.

—Llamaré a la policía para que vigilen más a menudo —prometió—. No dejaré que Grant te aterrorice más.

Pero Erin observó la duda que se cernía en la mirada de Chloe. Y lo entendía, en cierto modo. Incluso Erin tendría dificultades para no cuestionar su propia cordura si las posiciones se invirtieran.

La amenaza creciente tensionaba su relación de formas que ninguna de las dos sabía expresar. En la cama, Chloe se aferraba a Erin con fuerza, como si pudiera desvanecerse. Erin anhelaba hacerla sentir segura de nuevo, pero la verdad era que nunca había sentido tanto miedo.

Una semana más tarde, las crudas realidades ya no podían ser ignoradas. Chloe sentó a Erin con delicadeza, anticipando con temor la conversación que estaba por venir. La expresión en sus ojos verdes, ahora llenos de preocupación, precipitó el estómago de Erin al vacío.

—He estado pensando mucho —comenzó Chloe con titubeo. Tomó las manos de Erin en las suyas, la tensión evidente en su lenguaje corporal—. Quizás nos precipitamos con esto de vivir juntas tan pronto— dijo con un gesto de disculpa—. Con todo lo que está pasando, sería mejor si nos tomáramos un momento para reconsiderar. Ya sabes, al menos esperar a que se resuelva todo este asunto con tu ex.

El pecho de Erin se comprimió con dolor. Retiró sus manos de las de Chloe como si el contacto con su piel fuera fuego.

—Quieres decir que estás teniendo dudas —gruñó con tono apagado. No era una pregunta. Era una dura afirmación.

Chloe se mordió el labio, su rostro reflejaba angustia.

—Es solo que... siento que ya no sé quién eres en estas últimas semanas. Estás constantemente tensa, paranoica con la sensación de ser observada. Quiero estar ahí para ti, pero es como si estuvieras atrapada en tu propio mundo oscuro al que no puedo entrar.

Erin se estremeció. Cada palabra era como una vuelta de tuerca en su interior, aunque sabía que Chloe no las decía con crueldad, pero no por eso dejaban de doler.

—Todavía soy yo, Clo— susurró—. Solo que tengo miedo.

Chloe extendió sus manos de nuevo. Esta vez, Erin dejó que las tomara.

—Lo sé. Pero también estoy... aterrada por ti —confesó Chloe con voz quebrada—. Quizás necesitamos espacio para enfrentar esta amenaza adecuadamente para que no destruya lo que aún es nuevo entre nosotras.

Los ojos de Erin ardían, humedecidos por las lágrimas ante el rechazo. Después de tantos años separadas, la idea de alejarse de Chloe le resultaba ahora insoportable. Más justo en ese momento, cuando más necesitaba su apoyo.

—Por favor, no hagas esto —suplicó Erin con voz ronca—. No dejes que Grant arruine nuestra felicidad.

Chloe acunó su mejilla con una ternura llena de pesar y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Solo necesito tiempo, Erin. No estoy poniendo fin a lo nuestro para siempre. Quiero ayudarte a sentirte segura otra vez.

Pero Erin escuchó la silenciosa duda detrás de cada una de sus palabras. Ya nada estaba garantizado. Se enlazaron en un abrazo doloroso hasta que Chloe se apartó, dejando a Erin sintiéndose desanclada y a la deriva.

Las semanas siguientes fueron un suplicio. Erin resistía la tentación de enviar implorantes mensajes diarios a Chloe, entendiendo que debía respetar el espacio impuesto entre ellas. En cambio, canalizó su dolor en furia, buscando incansablemente alguna pista que le permitiera identificar a su perseguidor.

Kate y Ana ayudaron a instalar cámaras de seguridad discretas alrededor de la propiedad. Erin apenas dormía, revisando obsesivamente las grabaciones cada mañana. Ocultaba la fecha de la mudanza definitiva, manteniendo su estado relacional ambiguo para no provocar más a su atormentador.

Pero las cámaras no revelaron nada más que falsas alarmas provocadas por animales callejeros. Desesperada, Erin finalmente dejó de revisarlas. Se centró en instalar cerraduras adicionales e iluminación extra, cualquier cosa que la hiciera sentirse menos expuesta y sola.

El tan esperado día de la mudanza definitiva finalmente llegó, pero fue sombrío y

lúgubre. Erin esperaba en el porche bajo nubes amenazantes que el coche de Chloe apareciera con la primera carga de cajas. Pero la acera permanecía obstinadamente vacía.

Al mediodía, sus mensajes de texto quedaron sin respuesta. Alrededor de las 2 p.m., el número de Chloe se dirigía al buzón de voz cada vez que Erin llamaba. Se hundió en los escalones, cabeza entre manos, combatiendo la desesperación.

Justo después de las 7 p.m., el sonido de neumáticos sobre pavimento mojado finalmente anunció un vehículo aproximándose. Erin se levantó de un salto solo para sentir inmediatamente que algo no iba bien. Chloe salió del asiento del conductor, no sonriendo sino tensa, con la postura rígida.

—Lo siento por la tardanza —dijo Chloe con rapidez—. Me retuvieron en el trabajo.

Era claramente una mentira, pero Erin no insistió. Se apresuró a ayudar a Chloe a sacar las cajas del maletero. La primera noche viviendo juntas debía haber sido alegre. En cambio, un silencio forzado se cernía entre ellas, roto solo por el repiquetear de la lluvia en el tejado.

Sentadas en extremos opuestos del sofá, con la televisión parpadeando sin ser vista, la distancia parecía insalvable.

Erin tendió la mano para entrelazar sus dedos con los de Chloe, aliviada cuando no se apartó.

—Vamos a superar esto, Clo —dijo con suavidad—. Lo prometo.

Chloe ofreció una débil media sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Eso espero —murmuró.

Apretó la mano de Erin levemente, pero fue la primera en soltar.

En la penumbra del dormitorio, Erin se acurrucó alrededor de Chloe, ansiando la calidez reconfortante de su cuerpo. En cambio, la rigidez en el cuerpo de Chloe persistía, su respiración meditadamente uniforme, como tratando de simular el sueño.

—Él no puede tocarnos ni alterar lo nuestro —susurró Erin en la oscuridad—. No lo permitiré.

Sintió cómo parte de la tensión se drenaba del cuerpo de Chloe ante su juramento. Chloe se giró entre sus brazos para ponerse frente a frente, su expresión tierna por fin.

—Yo tampoco estoy renunciando a nosotras —respondió Chloe con voz llena de dudas, antes de besar a Erin como si quisiera fundirlas en una sola entidad, indivisible.

Aquella noche, sus cuerpos se unieron con suavidad pero con urgencia, manos recorriendo la piel desnuda y húmeda por el sudor, hasta que fue imposible discernir dónde terminaba una y comenzaba la otra. Pero el alivio que encontraron fue una tregua temporal.

Capítulo 7

La carño espontáneo que una vez hubo entre Chloe y Erin se fue deteriorando con el paso de las semanas. La amenaza constante pendía sobre ellas como una nube de tormenta, ocultando un sol que ya no brillaba. Chloe se tornó impaciente y distante, reaccionando con aspereza ante Erin por nimiedades o rehuendo sus caricias. Erin intentó ser comprensiva, consciente de que Chloe se replegaba en sí misma ante el estrés. Pero su paciencia se desgastaba. La tensión que hervía entre ellas era como una mecha encendida esperando una chispa.

Una tarde, Erin trató de aliviar la tensión en los hombros de Chloe mientras esta se inclinaba sobre historiales de pacientes en la mesa de la cocina. Chloe se apartó, rechazando sus manos.

—No —murmuró—. Me agobias.

Herida, Erin retrocedió, cruzándose de brazos a la defensiva.

—Perdona por tratar de ayudarte a relajarte. Sé que has tenido un mal día.

Chloe se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz.

—No estoy de humor para que me manoseen, ¿vale? ¿Por qué no te vas a trabajar al estudio si necesitas ocuparte en algo?

—Porque prefiero estar cerca de ti, Clo —replicó Erin, sin poder evitar el tono cortante—. Pero claramente prefieres que me haga invisible.

Erin se alejó con paso firme antes de que Chloe pudiera contestar, las emociones revoloteando en su cabeza. Un portazo retumbó por el pasillo un momento después.

Tras un viernes de pesadilla que dejó a Chloe exhausta, la situación llegó a un punto crítico. Llegó a casa tarde para encontrar que Erin había preparado una cena muy elaborada para animarla. Pero la preocupación excesiva solo intensificó la tensión de Chloe.

—Ya te dije que solo quería tomar un baño y acostarme temprano —espetó mientras Erin escuchaba ansiosa—. No tengo energía para grandes gestos en este momento.

Erin dejó la botella de vino destapada, luchando por mantener la voz calmada.

—Perdóname por querer hacer algo agradable después de la horrible semana que ambas hemos tenido. Pero está bien, yo limpio esto y te dejo sola.

Comenzó a recoger los platos con movimientos bruscos y rápidos. Chloe se estremeció al ver el dolor. Sintió el peso de la culpa: estaba descargando su mal humor en la persona que menos lo merecía.

Con un suspiro, Chloe se levantó de la silla y detuvo con suavidad los movimientos frustrados de Erin.

—Espera. Lo siento —dijo con pesar—. Sé que he sido insoportable últimamente. No debería desquitarme contigo.

El enfado se disipó. Dejando los platos, se volvió hacia Chloe, su expresión mucho más dulce.

—Está bien. Lo entiendo, estamos ambas al límite. Pero atacarnos no nos ayudará.

Extendió la mano para acariciar el rostro de Chloe, aliviada cuando esta se acercó al contacto esta vez. Pero el momento se quebró cuando un crujido en el suelo superior resonó.

Chloe se apartó de golpe, sus ojos buscaban alarmados alrededor. Los hombros de Erin se hundieron en derrota. El acosador no necesitaba estar en la misma habitación para interponerse entre ellas.

—Clo, no podemos seguir viviendo así —imploró Erin, odiando la mirada de pánico en el rostro de su novia.

Chloe se irguió bruscamente, las patas de la silla chirriaron contra el azulejo en un grito agudo.

—¿Qué esperas? —estalló con ira—. Puede que algún psicópata esté acechando fuera en cualquier momento, pero claro, debería fingir que todo es felicidad y colores.

—No es eso lo que yo...

Pero Chloe ya se había lanzado en una tormenta de pasos, dejando a Erin sola junto a

las velas que aún seguían sobre la mesa. Las apagó con un soplido seco. Ahí se acababa el romance por esa noche.

Erin le dio a Chloe el espacio que necesitaba el resto del fin de semana, percibiendo que necesitaba tiempo para relajarse. Para el lunes por la mañana, la frialdad entre ellas había dado paso a un ligero deshielo. Tomando café, Erin sugirió suavemente un relajante pícnic esa noche para aclarar las cosas. Chloe accedió con una sonrisa pequeña pero esperanzada.

Pero la reconciliación se deshilachó rápidamente cuando Erin mencionó casualmente un compromiso laboral que la llevaría fuera de la ciudad durante varios días la semana siguiente. Esperaba que Chloe se mostrara decepcionada por el viaje, pero no estaba preparada para su reacción explosiva.

—¿En serio? —Chloe soltó las palabras como un látigo, dejando caer su tenedor lleno de ensalada de pasta—. ¿Me dejas sola ahora?

—Es para un gran cliente; no puedo evitarlo —se defendió Erin—. Solo son unos días. Kate ya se ofreció a quedarse contigo.

Chloe soltó una risa cortante.

—Oh, si Kate lo permite, entonces, no te preocupes por mí.

—Eso es injusto —replicó Erin enfadada—. Ella solo está tratando de ayudar.

Chloe se levantó de un salto, ajena a la cara de asombro de Erin.

—Porque al parecer, tu trabajo siempre será la prioridad sobre mí, como lo fueron los deportes cuando estábamos en el instituto.

El resentimiento en su tono consternó a Erin.

—Sabes que eso no es cierto —imploró—. Pero tengo responsabilidades.

—Pues yo no puedo seguir así por mucho más —murmuró Chloe, dándose la vuelta.

Erin se puso de pie de un salto.

—¿Qué quieres decir con eso? —exigió. Pero Chloe ya había desaparecido de su vista.

Se evitaron el resto de la semana. Erin se aferró tercamente a la esperanza de que esto era tan solo otra tormenta pasajera. Aun así, la mirada distante en los ojos de Chloe hacía que el interior de Erin se contrajera cada vez que se cruzaban.

La mañana que debía hacia Los Ángeles, Erin permaneció ansiosa en la puerta del dormitorio, observando a Chloe sorber café. Su bolsa de viaje esperaba al lado de la puerta principal.

—Bueno, ya me voy —anunció Erin en el tenso silencio.

Chloe alzó la vista, su rostro era una máscara de indiferencia. —Que tengas un buen vuelo.

—Ven aquí.

Erin atravesó la distancia que las separaba y, con renuencia, atrajo a Chloe hacia un largo abrazo. Se aferró con fuerza, deseando que el calor familiar derritiera el muro de hielo que se había formado entre ellas.

Chloe se mantuvo tensa en sus brazos.

Abrumada, Erin se inclinó con desesperación hasta que sus frentes se tocaron.

—Por favor, prométeme que nada cambiará mientras no esté —susurró—. Podemos superar esto.

Chloe emitió un murmullo, esquivando su mirada. Erin tuvo que contener las lágrimas al separarse finalmente. Esto se sentía demasiado como una despedida.

El viaje se hizo interminable. Kate enviaba textos alegres y regulares, informando a Erin sobre noches cocinando con Chloe o viendo películas cursis. Pero la misma Chloe se mantenía distante por teléfono, alegando estar simplemente ocupada con el trabajo de la clínica. La nostalgia de Erin creció hasta convertirse en un dolor insoportable.

Una noche, en su habitación de hotel, marcó el número de Chloe, anhelando el consuelo de su voz. Pero la llamada se desvió al buzón de voz después de varios tonos.

—Hola, soy yo. Sé que es tarde ahí, pero quería escuchar tu voz —confesó Erin con un susurro—. Te echo de menos, Clo. ¿Me llamas por la mañana? Estaré en un vuelo temprano de regreso. Te amo.

Colgó sintiéndose ridícula. Chloe probablemente ya estaba dormida, no ignorando su llamada a propósito. Pero la duda la atormentaba mientras se revolvía en la cama.

El alivio de entrar en el camino de entrada a su casa la tarde siguiente fue efímero. Erin entró en la casa esperando el saludo entusiasta de Chloe tras el tiempo separadas. En cambio, solo recibió un silencio y una quietud pétrea.

—¿Chloe? —llamó, empujando la puerta del dormitorio.

Su corazón se paralizó. El espacio, una vez desordenado, estaba despojado de todo salvo por el mobiliario. El armario y la cómoda estaban vacíos. Corrió al baño adjunto, pero no encontró rastro de los cosméticos y productos de cuidado de la piel de Chloe en el mostrador.

Erin buscó frenéticamente en las otras habitaciones, sin encontrar señales de su presencia. Las llaves de la casa de Chloe yacían inertes sobre la encimera de la cocina. La implicación se hundió como una piedra en el estómago de Erin. Chloe se había mudado mientras ella estaba fuera.

Justo entonces, su teléfono vibró con un mensaje entrante de Ana:

—Ven al galería de arte en cuanto puedas.

Con esfuerzo, Erin se despegó del marco de la puerta y se dirigió a la galería de Ana. El breve trayecto transcurrió en una neblina a través de sus lágrimas. Ni siquiera se preocupó por cerrar su coche al entrar a la carrera.

La sonrisa habitualmente brillante de su amiga estaba ausente. Ana envolvió a Erin en un abrazo sin palabras, antes de guiarla suavemente a sentarse entre las esculturas.

—Lo siento mucho, cariño —dijo Ana con tristeza—. Chloe vino a buscar sus cosas hoy temprano mientras tú estabas en el avión. Me pidió que no dijera nada hasta que estuvieras en casa.

Erin sacudió la cabeza en una incredulidad impotente.

—¿Pero por qué? —logró articular entre sollozos—. ¿Por qué haría algo así sabiendo que yo volvía?

Ana le apretó la mano con firmeza.

—No me dio detalles. Pero está claro que algo se estaba gestando durante tu ausencia.

Dudó unos minutos, su semblante reflejaba un dolor evidente.

—Erin... ¿pasó algo justo antes de que te fueras? Chloe parecía muy tensa con tu partida cuando hablamos.

Erin frotó las lágrimas que se desbordaban por sus mejillas.

—Tuvimos una pelea tonta porque me fui de la ciudad por trabajo. Dijo que no soportaba más esta situación. Pensé que se refería a lo del acoso en general, pero tal vez...

Tal vez Chloe estaba tratando de advertirle que había llegado a su límite. Erin simplemente no había prestado suficiente atención. Se había ido volando, ciega, asumiendo que las cosas estarían bien.

La expresión de Ana era compasiva pero sincera.

—Creo que ambas necesitáis algo de espacio ahora mismo. No tomes decisiones precipitadas mientras estás dominada por las emociones.

Pero Erin ya estaba sacando su teléfono, desplazándose con urgencia hasta el nombre de Chloe. Sus mensajes quedaban sin respuesta, como era de esperar. Chloe había dejado claros sus deseos con acciones, no solo con palabras.

Después de varios intentos sin éxito, Erin se rindió a regañadientes. Agobiada y exhausta, permitió que Ana le preparara un té de manzanilla y la acomodara en el futón de la trastienda, reservado habitualmente para las noches de trabajo en nuevas exposiciones.

—Descansa un poco. Podemos hablar más mañana cuando hayas tenido tiempo de procesarlo —susurró Ana.

Demasiado agotada para discutir, Erin dejó que sus ojos cansados se cerraran. Quizás todo esto no fuera más que un terrible sueño del que podría despertar.

Pero la mañana solo trajo resignación. Erin se encontraba sentada en los escalones traseros de Ana, sujetando un café que se enfriaba rápidamente. Sabía que debía empezar a planificar los siguientes pasos. Llamar a Kate, buscar un hotel cercano hasta que decidiera si tenía sentido quedarse en la ciudad. Buscar terapia, probablemente. Había ignorado sus problemas durante demasiado tiempo.

Sin embargo, el futuro se extendía ante ella como un páramo interminable y sin rasgos. ¿Cómo podría planificar racionalmente cuando su corazón estaba hecho añicos? Erin no tenía más lágrimas, solo un cansancio profundo y un arrepentimiento que calaba hasta los huesos.

El zumbido de su teléfono finalmente sacó a Erin de su aturdimiento sombrío. Parpadeó sorprendida al ver el nombre de Chloe en la pantalla. Desbloqueó rápidamente el dispositivo para leer el mensaje entrante.

—Necesitamos hablar. ¿Puedo encontrarme contigo en algún sitio esta noche?

El primer instinto irracional de Erin fue aceptar con entusiasmo, ansiando cualquier oportunidad de reparar esta ruptura entre ellas. Pero la autodefensa prevaleció. Si Chloe iba a terminar las cosas de manera definitiva, Erin deseaba egoístamente que esa indignidad se consumara a distancia.

—No creo que sea buena idea —escribió después de un angustioso titubeo—. A ambas nos vendría bien más tiempo.

Aguardó, tensa, la ira de Chloe o, peor aún, su fría indiferencia. Sin embargo, la respuesta que llegó la descolocó:

—Probablemente tengas razón. Sé que te herí profundamente y todavía no merezco tu perdón. Pero, por lo que vale, lo siento mucho, Erin. Dejé que el miedo dictara mis acciones en lugar de confiar en que nuestro amor era lo suficientemente fuerte para sobrevivir a esto.

La corazón de Erin se aceleró al leer el arrepentimiento y la autocrítica de Chloe, palpables incluso a través de las escuetas palabras del mensaje. Dudó por unos largos momentos antes de responder con un simple, “Lo siento también. Hablemos cuando las aguas se calmen”.

Dejó el teléfono boca abajo, un torbellino de emociones revoloteando en su interior. La esperanza y el resentimiento libraban una batalla en su corazón. Erin se aferraba tercamente a la creencia de que si su reconciliación estaba destinada a ser, Chloe tendría que ser la primera en dar un paso hacia ella. No podía seguir exponiendo su corazón solo para ser pisoteado de nuevo.

Kate y Ana le brindaron consuelo y distracción constantes en las difíciles semanas siguientes. Nunca presionaron a Erin para que hablara de sus sentimientos, pero le dejaron claro que estaban listas para escucharla cuando ella estuviese dispuesta a hablar. Estaba profundamente agradecida por su apoyo incondicional.

El trabajo mantenía a Erin ocupada y productiva durante el día, planificando instalaciones de diseño y conociendo nuevos clientes. Incluso logró algunas sonrisas durante sus largos almuerzos en el muelle o las noches de vino en la cabaña de Kate. Pero sola por la noche, su fachada se desmoronaba. Erin aún dormía en el estudio, sin querer enfrentar la fría soledad de la habitación que antes compartía con su novia.

Varias veces, el resplandor de un nuevo mensaje de Chloe la tentó a las 2 o 3 de la madrugada, cuando no podía dormir. Pero Erin resistió la tentación de leerlos, temerosa de que sus emociones apenas estabilizadas se desmoronaran de nuevo.

Tras casi un mes de silencio, Kate finalmente intervino.

—No dejes que tu terco orgullo te cueste el amor de tu vida —insistió durante una de sus acogedoras cenas.

Erin fulminó con la mirada su copa de vino.

—No estoy siendo terca. Me estoy protegiendo.

Kate levantó una ceja perfectamente arqueada con escepticismo.

—¿En serio? Porque desde aquí parece que ambas estáis escondiendo la cabeza en la arena y esperando a que la otra parpadee primero.

Erin se irritó ante la acusación, pero no pudo negarla del todo. Quizás estaba utilizando el silencio y la distancia como escudos para su corazón. Permitir que Chloe volviera significaría exponerse a la posibilidad de más dolor.

Después de que Kate se marchara, Erin se sirvió otro vaso de vino y, con las manos temblorosas, finalmente abrió los mensajes no leídos de Chloe. Comenzaban con disculpas y se tornaban cada vez más desolados conforme pasaban las semanas sin respuesta:

—Háblame cuando puedas. Necesitamos resolver esto.

—Sé que probablemente me odias ahora mismo, pero te echo tanto de menos.

—Estoy empezando a perder la esperanza de que podamos arreglarlo. Mi vida se siente vacía sin ti.

Erin apartó las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Ella echaba de menos a Chloe con la misma intensidad, pero no podía cerrar el abismo entre ellas esta vez. Su corazón estaba tan cansado de dejarse abierto para ser roto que le costaba demasiado.

Un golpe firme en la puerta sobresaltó a Erin al anochecer siguiente, mientras ordenaba después de cenar. Abrió cautelosamente, y su pulso se aceleró al ver a Chloe, inquieta en los escalones del porche.

Chloe levantó un paquete de seis cervezas, la favorita de Erin, como una ofrenda de paz.

—¿Podemos hablar? ¿Por favor? Solo escúchame.

Erin dudó, sujetándose fuertemente al marco de la puerta. El dolor en los ojos de Chloe era un eco del suyo. Lentamente, retrocedió y la invitó a pasar. Había tanto

dolor sin resolver, pero ver a Chloe de nuevo despertaba una pequeña semilla de esperanza que Erin pensó había marchitado para siempre.

Quizás esa frágil esperanza aún podría florecer de nuevo con tiempo y confianza. Lo único que sabía con certeza era que se arrepentiría eternamente si no intentaba al menos comprender a Chloe y descubrir qué había ido tan mal. Erin se armó de valor y dejó que Chloe las guiara hacia el sofá, pero esta vez mantenía su corazón protegido con armadura. Avanzaría con la máxima cautela.

Capítulo 8

El sol de media mañana que se colaba en la galería de arte contrastaba con el sombrío estado de ánimo de Ana mientras observaba a Erin deambular sin rumbo, regalando sonrisas lánguidas a los clientes, aunque con el pesar grabado en las líneas alrededor de sus ojos que un mes atrás no estaban allí. Ana sabía que tenía que intervenir antes de que Erin cayera en un pozo de desesperación del que no pudiera escapar.

Al cerrar la tienda esa tarde, Ana sujetó con delicadeza el brazo de Erin antes de que pudiera escabullirse a su solitaria casa nuevamente.

—Ven a cenar con Luis y conmigo esta noche —instó—. Me duele pensarte sola en esa gran casa vacía.

Erin empezó a rechazar la invitación, pero Ana apretó su agarre.

—Sin discusiones. Necesitas una noche de distracción con gente que te quiere —su tono se suavizó—. No puedes seguir lamentándote sola, cariño.

La barbilla de Erin tembló casi imperceptiblemente antes de que se controlara de nuevo con un esfuerzo visible. El corazón de Ana se partió al verla reprimir el dolor.

—Está bien, tú ganas —accedió Erin en voz baja—. Una noche fuera probablemente me hará bien.

Ana entrelazó sus brazos mientras paseaban hacia el centro.

—Ese es el espíritu. Te llenaremos de comida y vino y comenzaremos la Operación Recupera tu Ritmo.

—No estoy segura de que vaya a ser tan fácil, pero gracias por intentarlo.

Durante la cena, Erin picoteaba su comida, con la mirada baja mientras Ana y Luis hacían lo posible por mantener la conversación sin presionar demasiado. Cuando cayó un silencio natural, Ana extendió la mano para apretar la de Erin que yacía lánguida

sobre el mantel.

—¿Has pensado en intentar hablar con Chloe de nuevo pronto? —preguntó con suavidad—. Tal vez si sigues intentándolo, ella esté finalmente lista para escuchar. Al fin y al cabo, te llevó unas cervezas, ¿no? Ella lo está intentando, ahora solo faltas tú.

Los hombros de Erin se hundieron en derrota.

—No puedo seguir arrojándome a sus pies rogando por migajas cuando ha dejado claros sus sentimientos. Si Chloe quisiera arreglar esto, sabe dónde encontrarme. Pensé que las cosas iban bien, pero no es así. Unas cervezas no arreglan este problema.

—La Erin que conozco nunca se daría por vencida en el amor verdadero sin luchar. ¿Y si...?

—Por favor, detente —interrumpió Erin, la angustia evidente a pesar de su tono uniforme—. Sé que tienes buenas intenciones, pero apenas estoy manteniéndome unida en este momento. No me pidas que vuelva a abrir estas heridas cuando apenas han empezado a cicatrizar.

Ana asintió en aceptación, conteniendo sus propias lágrimas.

—Tienes razón, lo siento. Solo odio verte sufrir tanto.

Esta vez fue Erin quien se aferró a la mano de Ana, arrepentida.

—Lo sé, y te quiero por preocuparte tanto. Pero ahora, creo que necesito permitirme llorar lo perdido antes de siquiera pensar en seguir adelante.

Ana simplemente envolvió a Erin en un fuerte abrazo, esperando que proporcionara un ápice de consuelo. Pero intuía que solo el tiempo y la distancia podrían comenzar a curar el corazón destrozado de su amiga. Ana solo podía esperar que Chloe se diera cuenta antes de que fuera verdaderamente demasiado tarde.

En las difíciles semanas que siguieron, Ana tuvo que observar impotente cómo Erin seguía dejándose llevar a través de sus días como un espectro, de manera adormecida, pero sin encontrar placer real en la vida.

Kate confirmó que apenas había salido de casa, salvo para visitar el escarpado mirador de la playa que Chloe le había mostrado cuando se mudó al pueblo por primera vez, atormentándose a sí misma con los recuerdos de aquella época. Ana tuvo que refrenarse para no conducir hasta allí y suplicarle a Chloe que arreglara la situación, consciente de que Erin jamás le perdonaría una intromisión tan directa.

Sin embargo, ella y Kate maquinaban a diario, ideando maneras de acercar a sus amigas de nuevo, antes de que el tiempo sellara la brecha para siempre. Kate finalmente propuso que organizarasen un encuentro casual para que Erin le llevara café y pasteles a Chloe en su clínica.

—Parecerá un gesto inocuo, pero con suerte encenderá algo entre ellas —sugirió Kate con esperanza, durante otra sesión de estrategia en la mesa de la cocina de Ana.

Ana vaciló, detestando manipular con engaños, pero luego asintió a regañadientes.

—Está bien, vale la pena intentarlo. ¿No es triste tener que engañar a dos personas claramente destinadas la una a la otra?

Decidieron que Ana debería ser quien insinuara la idea a Erin, para que no sospechara del ardid. Al día siguiente, por teléfono, Ana mencionó de pasada que había notado que Chloe estaba trabajando horas extras en la clínica de nuevo.

Como esperaban, Erin se aferró al dato como a un salvavidas.

—Quizás podría llevarle algo de café... —murmuró, y luego se detuvo, avergonzada por su propia transparencia.

Ana tuvo que ocultar su sonrisa.

—Estoy segura de que agradecerá ese gesto amistoso —la animó con naturalidad. La primera fase del plan estaba en marcha.

Efectivamente, cuando Ana llegó a la galería más tarde, encontró a Erin vibrante de energía mientras le contaba cómo había llevado la ofrenda de paz de café y pasteles a una sorprendida pero receptiva Chloe.

—Ha accedido a cenar conmigo el viernes para hablar —compartió Erin precipitadamente—. Sé que no debería ilusionarme, pero es imposible no hacerlo.

Ana contuvo su propia alegría, aunque le costó mucho hacerlo.

—¡Es una noticia increíble! Solo estar abierta a la conversación es un gran paso adelante. Estoy orgullosa de ti por arriesgarte —le aseguró.

El viernes por la noche, Ana ayudó a una tensa Erin a seleccionar un elegante vestido negro y recogió su cabello en un moño que le quedaba de maravilla.

—Deslúmbra la —bromeó, intentando aligerar el ambiente.

Ana esperó despierta, conteniendo la respiración, deseando que Erin volviera con buenas noticias, apenas capaz de concentrarse en el lienzo en el que estaba trabajando. Alrededor de las 11 p.m., finalmente oyó la puerta delantera abrirse con cautela seguido de los ligeros pasos de Erin cruzando el suelo de madera. Ana salió corriendo para interceptarla antes de que se desvaneciera en el estudio.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido? —preguntó ansiosa, agarrando las manos inquietas de Erin.

Erin esbozó una sonrisa titubeante, la comisura de sus labios se alzó apenas lo suficiente para revelar una chispa de esperanza.

—Ha ido mejor de lo esperado, en realidad. La comida suavizó las primeras asperezas y luego, realmente hablamos. Quiero decir, comunicación de verdad.

Sacudió la cabeza con una mezcla de incredulidad y autocrítica. Ana guardó silencio, brindándole a Erin el espacio para desahogarse a su propio ritmo.

—Vamos a empezar terapia de pareja —continuó Erin tras un suspiro entrecortado—. Quiero entender cómo ser lo que Chloe necesita de mí en este momento. Y, con suerte, reconstruir la confianza en ambos lados. Y ella quiere lo mismo.

De manera impulsiva, Ana la abrazó, sus ojos se humedecieron.

—Oh, Erin, todo eso suena tan prometedor. Estoy orgullosa de ti—exclamó.

Erin se aferró a ella con fuerza durante un largo momento antes de retroceder con una risa tímida.

—Bueno, no celebres nada todavía. Aún tenemos un maratón por correr. Pero al menos estamos de vuelta en la línea de salida juntas.

La primera sesión conjunta de terapia fue dolorosamente predecible, llena de admisiones incómodas, resentimiento y lágrimas por ambas partes. Pero al final, Ana notó que un optimismo cauteloso había empezado a reemplazar algo del pesar en los ojos de Erin. La esperanza estaba echando raíces.

En las semanas siguientes, Erin se abrió gradualmente más sobre las sesiones durante sus noches compartidas pintando en la trastienda de la galería. Ana escuchaba sin juzgar mientras Erin confesaba su vergüenza por lo posesivo que se había vuelto su amor, aterrorizada de que Chloe la abandonara otra vez, como todos los demás lo habían hecho.

—Ni siquiera me di cuenta de lo fuerte que me aferraba a ella hasta que se alejó

—admitió Erin una noche, mirando fijamente su copa de vino—. No es de extrañar que Chloe se sintiera asfixiada. No la culpo por cuestionar esta relación.

Ana eligió sus palabras con cuidado.

—Pero ahora lo sabes, y ese entendimiento te ayudará a ser mejores compañeras la una para la otra en el futuro.

Esperó hasta que Erin finalmente levantó la mirada, sus ojos llenos de lágrimas.

—Lo pasado, pasado está. Solo puedes aprender de ello y avanzar con más empatía y paciencia. Juntas superaréis esta etapa y saldréis más fuertes al otro lado —concluyó.

Una risa nerviosa escapó de Erin mientras se secaba los ojos.

—¿Cómo es que siempre sabes exactamente qué necesito escuchar? —preguntó en un susurro.

Ana se encogió de hombros, sonriendo.

—Viene con ser amigas desde el jardín de infancia. Te conozco, Erin Walsh, con todos tus defectos. Y conozco muy bien a Chloe. Y las dos sois mis personas favoritas.

Erin apoyó su cabeza contenta en el hombro de Ana.

—Gracias —suspiró.

Una noche, tras una larga jornada, Ana llegó a casa para encontrar a Erin tarareando alegremente mientras cortaba vegetales para una ensalada, parecía más radiante de lo que la había visto en mucho tiempo. Sus pasos se detuvieron en seco, un presentimiento de inmediato la asaltó. Conocía esa mirada soñadora, solo podía significar una cosa.

Ana dejó caer su bolso sobre la mesa de la cocina con un gesto teatral.

—¿Cómo se llama y cuándo tengo el placer de ver cómo Luis lo aterroriza? —preguntó con ironía.

La cabeza de Erin se levantó bruscamente, sus mejillas se tiñeron de un rubor repentino.

—¿Qué? No, nada de eso —se apresuró a negar, visiblemente alterada—. Chloe y yo simplemente dimos un agradable paseo por el muelle después de mi última reunión con un cliente. Hacía tiempo que no hacíamos algo romántico y se sintió realmente...

esperanzador —confesó.

Volvió a su tarea, la sonrisa floreciendo de nuevo en su rostro.

—Creo que finalmente estamos girando la esquina, Ana. Esta noche, Chloe incluso dijo que quiere volver aquí conmigo. Me daba miedo forzar la situación, pero es una buena señal, ¿verdad? —preguntó esperanzada.

Ana sofocó su instinto de precaución, no quería empañar este progreso tan frágil.

—Por supuesto, cariño. Estoy contenta de que estéis encontrando el camino de vuelta juntas.

Se acercó impulsivamente y abrazó a Erin por detrás.

—Nadie merece una segunda oportunidad en el amor más que tú. Bueno, una tercera, ahora —bromeó.

Pero sola en su habitación poco después, Ana sacó su móvil y envió un mensaje de texto a Kate como advertencia.

—Mejor prepara la habitación de invitados: ¡Predigo que Chloe se quedará a dormir en cualquier momento! :)

Cerca de la medianoche, Ana aún dibujaba inquieta, demasiado alterada para dormir. Un golpe suave en la puerta principal hizo que su pulso se disparara: ¿quién podría ser a estas horas? Se acercó a la mirilla con cautela. El rostro angustiado de Chloe se reflejó en ella.

—¿Chloe? ¿Qué sucede?

Chloe solo negó con la cabeza, conteniendo un sollozo. Sin decir una palabra, se desplomó en los brazos de Ana. Ella sostuvo su cuerpo tembloroso, acariciando su cabello y emitiendo palabras tranquilizadores hasta que la tormenta de lágrimas finalmente amainó.

Cuando Chloe recuperó la respiración, Ana la condujo al sofá, manteniendo un brazo en torno a sus hombros con suavidad. Esperó con paciencia a que llegase una explicación para este desmoronamiento en mitad de la noche.

Chloe sollozó.

—Estar separada de Erin me está matando, pero me aterra hacerle daño de nuevo si la dejo entrar en mi vida. Todo sigue siendo un desastre entre nosotras. ¿Y si es

demasiado tarde?

—Ay, cielo. Escúchame. Erin te ama con todo su ser. Todo lo que ha querido siempre era sentirse valorada y segura contigo. Ella hará un esfuerzo si estás lista para intentarlo de nuevo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Ana le apartó suavemente el cabello de su rostro marcado por las lágrimas.

—Porque tú eres su mundo entero, Chloe. Movería cielo y tierra por otra oportunidad —aseguró.

—Necesito verla. No puedo soportar este vacío ni una noche más —concluyó con un largo suspiro.

Ana la acompañó hasta la puerta donde se abrazaron de nuevo.

—Va a estar bien —susurró Ana—. Sigue a tu corazón.

Una vez que Chloe desapareció calle abajo, Ana observó desde la ventana cómo la luz del porche de una casa cercana se encendía y entonces la puerta se abrió de golpe. Erin, silueteada en el marco dorado, dudó solo un instante antes de extender la mano para tomar la de Chloe y atraerla hacia el interior.

Ana soltó un lento suspiro. Todavía les quedaba un largo camino de vuelta hacia la confianza y el compromiso. Pero esperaba que esta reconciliación a medianoche marcara un punto de inflexión hacia la reconciliación. Un amor como el suyo merecía un segundo acto.

Más tarde, acurrucadas juntas en la cama de Erin, intercambiando caricias en la oscuridad, ninguna de las dos quiso romper ese momento frágil hablando. El alivio de estar simplemente en brazos de la otra de nuevo después de tanto tiempo era abrumador. El silencio era más que suficiente.

Finalmente, Erin se apartó lo justo para encontrar la mirada vulnerable de Chloe a la luz de la luna.

—Todavía tengo mucho miedo de volver a hacerte daño —admitió con voz ronca.

Chloe llevó sus manos entrelazadas a sus labios.

—Lo sé. Pero lo resolveremos juntas, un pequeño paso a la vez, ¿de acuerdo?

Capítulo 9

El sol del atardecer se colaba a través de las cristaleras de la galería de arte de Ana, incapaz de perforar el ambiente sombrío que, desde hace días, cubría a Erin y a sus amigas. Erin, con un gesto de desánimo, ojeaba las grabaciones de las cámaras de vigilancia que mostraban las tácticas de intimidación cada vez más osadas del acosador, mientras Ana y Kate susurraban con tensión sobre su falta de avances.

—Estoy segura, tiene que ser Grant el que está detrás de todo esto —declaró Erin con firmeza, rompiendo el silencio cargado—. Está claro que no directamente, pero sin duda está dirigiendo todo desde Boston.

Kate interrumpió su acalorada discusión con Ana para ofrecer un apoyo silencioso a Erin, posando su mano en su hombro con empatía.

—Te creemos, cariño. La cuestión es cómo convencer a la policía de eso.

—Es increíble —murmuró Ana, cruzándose de brazos—. Les entregamos pruebas irrefutables en bandeja de plata, y ellos se encogen de hombros, diciendo que no pueden hacer nada de momento. ¡Hace hervir mi sangre!

—Pues no vamos a quedarnos sentadas sin hacer nada —afirmó Kate con determinación—. Ana y yo hemos pensado en contratar a un detective privado para investigar las conexiones de Grant aquí.

Escepticismo y gratitud se mezclaron en la mirada de Erin.

—¿Haríais eso por mí? Pero ¿y el costo?

—Olvida el dinero —replicó Ana sin dudar—. Solo queremos que estés segura y ese psicópata quede al descubierto. —Su expresión se suavizó—. No deberías seguir viviendo con miedo, Erin.

Emocionada, Erin extendió sus manos para tomar las de ellas.

—No merezco amigas tan maravillosas como vosotras. Solo saber que no estoy sola ya hace que sea soportable.

En las semanas siguientes, esperaban ansiosas noticias del experimentado detective privado que Kate había contratado. Erin intentaba contener su impaciencia, consciente de que construir un caso complejo contra el poderoso y bien conectado Grant requeriría sutileza y tiempo.

Una tarde, Kate irrumpió en la galería donde Erin ayudaba a Ana a ultimar los detalles

de la próxima exposición, agitando triunfante un grueso sobre de color vainilla.

—¡Está aquí, la evidencia que esperábamos!

Erin despejó rápidamente una de las mesas de trabajo para extender el contenido: fotos de vigilancia, extractos de tarjeta de crédito, informes escritos e incluso un chequeo de antecedentes del conocido criminal local John “Razor” Ramírez. Erin sintió un escalofrío al ver su siniestra ficha policial.

—Esto demuestra que Grant contrató a Ramírez a través de su investigador privado de siempre para aterrorizarte —explicó Kate, eufórica—. Sé que es aterrador, Erin. Pero al menos ahora podemos ir a por ellos.

Erin asintió, sus labios apretados, mientras leía un detallado registro de su rutina diaria y movimientos durante el último mes. La invasión a su privacidad y la intimidad de estos extensos registros le revolvían el estómago. Pero era el giro que desesperadamente necesitaban.

—Llevemos esto a la policía a primera hora de la mañana —dijo con resolución, con la mandíbula tensa. Alzó la mirada, sus ojos verdes ardían—. Es hora de que estos bastardos paguen.

Al día siguiente en la comisaría, Erin entrelazó sus dedos con los de Chloe en busca de apoyo, mientras Kate presentaba con confianza sus hallazgos a un detective visiblemente sorprendido que examinaba los recibos y las fotos con el ceño fruncido.

—Este material ciertamente cambia las cosas —admitió el detective, su voz filtrándose como la luz a través de una persiana cerrada—. Hemos sido precipitados al descartar vuestras alegaciones. Os debo una disculpa.

Erin exhaló casi temblando, como si con aquel suspiro se desprendiera de semanas de ira y dolor acumulados.

—Vuestras disculpas no reparan el daño que nos ha causado vuestra inacción —replicó con filo en la voz—. Pero pueden empezar a enmendarlo consiguiendo una orden para esos registros.

El detective alzó una mano en señal de conciliación.

—Entiendo vuestra frustración y queremos corregir los errores cometidos. Permitidnos analizar y verificar estas nuevas pistas, y os aseguro que tomaremos medidas.

Fue la afirmación que Erin había ansiado durante meses. A pesar de ello, después de tanto trauma ignorado, se mantuvo cauta, protegiéndose contra la esperanza de que

aquella pesadilla estuviera cerca de su fin. Asintió con brusquedad y permitió que Kate las guiara hacia la salida.

En los días siguientes, cargados de tensión, agonizaron con cada hora que pasaba sin noticias de ningún avance. Erin estaba casi vibrando con una energía obsesiva que dejaba a Chloe cada vez más preocupada.

—Tomemos un largo paseo por el sendero costero para despejar tu mente —sugirió Chloe una tarde, sujetando las manos inquietas de Erin en las suyas—. Esta espera te está volviendo loca.

Erin iba a rechazar la idea automáticamente, pero se detuvo, consciente del peso que su estado mental estaba teniendo también sobre Chloe. Ofreció una sonrisa cansada.

—Tienes razón, me vendría bien el aire fresco y un poco de ejercicio. Lo siento, he sido insoportable últimamente.

La brisa fresca del océano era vigorizante, aunque cortante. Erin alzó el rostro hacia el sol, dejando que el silencio apaciguara el torbellino de sus pensamientos. Estos días, volver a sentir la presencia constante de Chloe a su lado era reconfortante. Entrelazaron los dedos, comunicándose sin palabras.

En un mirador que les robaba el aliento, se detuvieron para contemplar las olas estrellándose contra las rocas. Erin se giró hacia Chloe, su expresión muy seria.

—Gracias por soportarme durante todo este caos —dijo con sinceridad—. No sé qué haría sin ti.

Chloe la atrajo hacia sí, sus manos enmarcaron con ternura el rostro de Erin.

—No tienes que averiguarlo —prometió—. Estoy aquí, y no me voy a ir a ninguna parte. Sé que cometí una equivocación alejándome de ti cuando más lo necesitabas. No lo volveré a hacer.

—No te lo puse fácil —admitió Erin.

—Aun así, puedes estar segura de que no lo volveré a hacer —aseguró.

Se besaron despacio, profundamente, mientras el sol poniente las envolvía en un resplandor dorado. A pesar de los retos que aún tenían por delante, en ese momento de serenidad, Erin creyó de verdad que habían superado las peores tormentas. Los cielos despejados finalmente parecían estar al alcance de la mano.

Mientras el teléfono de Erin vibraba con insistencia en su caminata de regreso, su

estómago se revolvió, segura de que era la llamada que había estado esperando. Se apresuró a contestar, indicándole a una Chloe inquieta que prestara atención.

—Señorita Walsh, le habla el detective Morris —sonó la voz conocida, áspera como grava—. Nuestro equipo de vigilancia ha capturado a John Ramirez cerca de su casa hace una hora. Ha confesado que el señor Grant lo contrató para acosarla y tenía instrucciones claras de intensificar sus tácticas de intimidación.

Erin se apoyó en Chloe, sintiéndose mareada por las noticias. Se tapó la boca con una mano temblorosa mientras las lágrimas brotaban. Por fin había terminado.

Al verla desmoronarse, Chloe tomó suavemente el teléfono.

—Gracias por informarnos, detective —dijo con una calma sorprendente—. Estamos muy agradecidas de que se esté haciendo justicia.

Colgó la llamada y se centró en consolar a una Erin sollozante.

—Shhh, ya estás segura, amor —susurró Chloe con dulzura—. Nadie puede hacerte daño nunca más.

Erin se aferró a ella, liberando el miedo y la tensión de los interminables meses. Con los brazos de Chloe envolviéndola, sabía que era la verdad: su pesadilla había terminado. Las barras de la prisión figurativa que Grant le había impuesto estaban rotas para siempre.

Esa noche, invitaron a Kate y Ana a compartir la noticia y las lágrimas de felicidad. Entre bolsas de comida para llevar y copas de vino apiladas en la mesa, la risa y la celebración reemplazaron el clima de miedo que había oscurecido sus puertas durante demasiado tiempo.

—Por las dos amigas más fieras y leales que podríamos pedir —proclamó Chloe, alzando su copa en un brindis—. Nunca dejasteis de ayudarnos incluso cuando parecía que no había esperanza. Os lo debemos todo.

Kate desvió el elogio.

—No hace falta agradecer —dijo—, darle su merecido a ese desgraciado ya es una recompensa suficiente.

—Así es —intervino Ana—. ¡Nadie se mete con nuestra chica!

Erin simplemente negó con la cabeza, abrumada por el amor de estas mujeres que habían luchado a su lado. Nunca se había sentido tan afortunada ni tan esperanzada

por el futuro.

Más tarde esa noche, acurrucada en la cama con Chloe, intercambiando besos cariñosos y caricias, haciendo el amor sin prisa.

—Realmente ha terminado para siempre —murmuró mientras apoyaba la cabeza sobre el pecho de su novia.

Apoyada en un codo, Chloe acarició suavemente el cabello de Erin, apartándolo de su rostro.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—¿Honestamente? Agotada, pero increíblemente agradecida y libre —admitió Erin.

Chloe la miró con ternura y sus ojos parecía brillas.

—Tienes el corazón más grande de todas las personas que he conocido, Erin Walsh —susurró.

Erin tuvo que parpadear para contener una nueva oleada de lágrimas. Durante mucho tiempo, se había sentido manchada por su pasado con Grant, simplemente esperando a que la oscuridad la consumiera por completo. Pero Chloe la veía exactamente por lo que era: no rota, sino hermosamente resiliente.

Al día siguiente, un cálido sol se filtraba a través de las cortinas, reflejando la nueva alegría de Erin. La noche anterior había sido como un renacimiento emocional. Por primera vez en mucho tiempo, su estado de ánimo era la esperanza y no la cautela.

Mientras Chloe se duchaba, Erin tarareaba y se balanceaba por la cocina, preparando un desayuno con gofres, fruta fresca y zumo de naranja. Nada podría disminuir esta profunda sensación de libertad y alivio.

Chloe se detuvo para secarse el pelo. Incapaz de resistir ni un momento más, dejó la toalla a un lado y caminó, todavía con la piel mojada y desnuda, hacia la cocina. Rodeó a Erin por detrás y dejó un tierno beso bajo el lóbulo de su oreja.

—Veo que alguien está de muy buen humor esta mañana —comentó en tono juguetón.

Erin se giró, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Se nota tanto?

Riendo, Erin atrajo a Chloe hacia un beso pausado, sus dedos trazando perezosamente

caminos por su espalda. Chloe suspiró contra su boca, la sensación de piel contra piel aún nueva y emocionante.

Cuando Erin finalmente la soltó, fue solo para empujarla hacia uno de los taburetes en la barra del desayuno, ahora cargada con una impresionante variedad de manjares.

—Siéntate. Quería prepararte un desayuno especial —anunció, alzando una copa de champán—. Por los nuevos comienzos.

La euforia las mantuvo a flote durante las semanas siguientes, mientras planeaban un futuro que ya no estaba nublado por el miedo. Chloe lanzó la idea de mudarse a una casita alquilada en la playa para poder despertarse con el amanecer y quedarse dormidas al ritmo de las olas cada día.

Erin se sumergió en el diseño de una oficina en la nueva casa donde ella podría sumergirse entre planos de jardines mientras Chloe, a un sutil roce de distancia, batallaría con historiales clínicos. La separación había magnificado su anhelo por redescubrir las intimidades del día a día, como compartir el mismo espacio de trabajo una vez más.

—¿Te imaginas? —murmuró Erin, distribuyendo muebles en el plano con un lápiz—. Juntas en todo.

—Mientras no me pidas ayuda con tus diseños, todo bien.

Una tarde soleada, mientras Erin ordenaba su estudio de diseño, un aviso de noticia tintineó en su ordenador. Conteniendo el aliento, hizo clic en el enlace: "El acaudalado doctor Grant Walsh acusado en un caso de acoso cibernético."

Erin devoró el artículo, las palabras borrosas a través de sus lágrimas. La investigación policial había acumulado suficiente evidencia para vincular a Grant directamente con el acoso que ella había sufrido. Estaba a la espera de ser llevado ante la policía de California para enfrentarse a cargos que podrían encerrarlo durante años. En el proceso de investigación, la policía encontró también evidencias de fraude fiscal, que complicarían aún más su futuro.

Era el fin. La pieza final encajaba por fin en su lugar. Erin presionó una mano temblorosa contra su boca, ahogando un sollozo entrecortado. Eran verdadera y plenamente libres, con toda una vida hermosa por delante para compartir.

Capítulo 10

La brisa marina, besada por la sal, acariciaba la promesa de nuevos comienzos mientras Erin paseaba por la orilla, de la mano con Chloe. El sol poniente teñía de un

dorado cálido la tranquila cala. Tras las tormentas que habían soportado, se sentía finalmente esperanzada por los cielos despejados que se avecinaban.

Al llegar a un saliente rocoso y apartado, Erin se detuvo para tomar ambas manos de Chloe, mirándola con adoración.

—Este lugar es especial para mí ahora —susurró con suavidad—. Aquí nos reconectamos después de tantos años. Mi vida cambió para siempre en esta playa contigo —susurró.

Chloe sonrió, sus ojos verdes repletos de lágrimas.

—La mía también. Volver a ti fue como volver a casa.

Erin llevó las manos de Chloe a sus labios y besó sus nudillos. En ese instante, cualquier duda que pudieran tener se disolvió. Sabía con una claridad repentina y absoluta que esta era la mujer con la que quería pasar el resto de sus días.

—Espera aquí —exclamó—. Vuelvo enseguida.

Se apresuró hacia su coche, donde una caja con dos anillos de diamantes estaba cuidadosamente guardada. Al volver, encontró a Chloe caminando por la línea de la marea, recogiendo conchas, sus ondas rubias reluciendo en la luz del sol.

Chloe se volvió al escuchar los pasos que se acercaban, riendo.

—No puedo resistirme a recoger conchas. ¿Necesitabas algo del coche?

Erin tomó de nuevo las manos de Chloe y su corazón latía tan rápido que amenazaba con salirse del pecho.

—Sí. Hay algo muy importante que necesitaba preguntarte.

Lentamente, se hincó sobre una rodilla en la arena húmeda. Los ojos de Chloe se abrieron de par en par, sus manos volaron hasta cubrir su boca en una feliz sorpresa.

—Chloe Davis, eres el amor de mi vida. Hemos soportado tanto para encontrarnos de nuevo, y nunca quiero perderte —la voz de Erin temblaba de emoción mientras revelaba la caja del anillo abierta—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí! —exclamó Chloe de inmediato, lágrimas de alegría brotando de sus ojos—. ¡Mil veces sí!

Erin la envolvió en un abrazo, girándola antes de deslizar el solitario de diamantes en

el dedo de Chloe.

—Nos vamos a casar —susurró sin poder reprimir las lágrimas de alegría.

Chloe la silenció con un beso. Se aferraron la una a la otra mientras las olas lamían sus pies, sobrecogidas por el momento.

—Es hermoso, Erin. ¿Cómo supiste elegir el perfecto?

Erin apartó una lágrima de felicidad de la mejilla de Chloe.

—Tú lo inspiraste. La elegancia y el brillo simplemente gritaban belleza atemporal, como tú.

Chloe tomó el rostro de Erin con ambas manos, adorándola.

—¿Te he dicho últimamente que eres la mujer más dulce y romántica que existe?

—Hmm, no lo creo —bromeó Erin—. Pero no dudes en seguir recordándomelo.

Sus labios se encontraron de nuevo, suaves y sin prisa, mientras el sol ámbar se sumergía bajo el horizonte.

Más tarde, acurrucadas en la cama de Erin, se turnaron para llamar emocionadas a familiares y amigos, difundiendo la noticia.

Después, envueltas bajo las sábanas, intercambiaban besos impacientes. Chloe se acurrucó contra el hombro de Erin, satisfecha.

—Todavía no puedo creer que me hayas pedido casarte conmigo. Es un sueño hecho realidad.

Erin acariciaba su cabello y se inclinó para besar su frente.

—Desde el momento en que te vi de nuevo, he esperado para pedírtelo. No tengo dudas de que quiero pasar el resto de mi vida contigo, Clo.

—Entonces, cuéntame más sobre esta boda con la que sueñas para nosotras, señorita Walsh. O debería decir, futura señora Davis-Walsh? —preguntó en tono juguetón.

Erin atrajo a Chloe de nuevo hacia sí, rodando hasta quedar por encima, sus cuerpos pegados.

—Hmm, me gusta cómo suena eso —ronroneó.

Besó el cuello de Chloe con lentitud.

—En cuanto a la boda, me imagino intercambiando votos en la playa, justo al atardecer, con las olas rompiendo detrás de nosotras... —Otro beso ardiente, arrancando un suspiro de Chloe—. Y para la luna de miel, dos semanas en un bungalow tropical, solas tú y yo.

Los ojos de Chloe se iluminaron con deseo.

—En ese caso, ¿por qué esperar? Estoy lista para una previa de ese escenario de luna de miel ahora mismo...

Sus risas pronto se transformaron en suspiros y gemidos mientras celebraban su compromiso, perdiéndose completamente la una en la otra.

—Gracias por dar este salto conmigo. Sé que casarse da miedo, pero nunca he estado tan segura de algo en mi vida.

Chloe acarició la mejilla de Erin con ternura.

—Es aterrador, pero compartir mi vida contigo es la decisión más fácil que tomaré. La atraigo hacia sí. —Estoy deseando llamarte mi esposa —susurró antes de besar sus labios.

Epílogo

Los primeros rayos del alba se filtraban a través de las cortinas del dormitorio, posándose suavemente sobre las figuras entrelazadas de Erin y Chloe. Erin abrió lentamente los ojos, aclimatándose a la delicada luz de la mañana. Apoyándose en un codo, contempló el rostro de su esposa, relajado mientras dormía, su cabello rubio desordenado sobre la almohada.

Cinco años habían transcurrido desde aquella boda en la playa, cuando prometieron ante amigos y familiares compartir un futuro juntas. Y Erin se enamoraba un poco más de Chloe con cada día que pasaba. Ahora, despertar junto al cuerpo desnudo de su esposa se sentía como el mayor regalo que la vida podía ofrecer.

Incapaz de resistirse un momento más, Erin comenzó a dejar pequeños besos a lo largo del hombro de Chloe, expuesto sobre las sábanas. Chloe suspiró y una preciosa sonrisa se dibujó en sus labios.

—Buenos días, preciosa —murmuró Erin, sellando la frase con un nuevo beso.

—¿Ya es nuestro aniversario? Porque esto parece una llamada de atención especial —bromeó Chloe, su voz aún ronca por el sueño.

Riendo, Erin hizo que Chloe quedara debajo de ella, sintiendo el calor de su piel desnuda sobre la suya.

—Cada mañana contigo merece ser celebrada —insistió, apagando una sonrisa contra los labios de Chloe.

Cuando finalmente se separaron, Erin se recostó en las almohadas, acogiendo a Chloe entre sus brazos. Chloe se acomodó contenta a su lado, su cabeza sobre el corazón de Erin, al igual que habían despertado incontables mañanas a lo largo de sus cinco años de matrimonio.

—Es difícil creer que ya haya pasado tanto tiempo —murmuró Chloe alzando las cejas—. Nuestra vida juntas solo mejora.

Erin besó su cabeza, acariciando su mejilla con el reverso de la mano.

—Has hecho realidad todos mis sueños, Clo. Amarte y construir esta familia es la mayor alegría de mi vida —le aseguró con un nuevo beso.

Pequeños y rápidos pasos en el pasillo interrumpieron la escena. La puerta del dormitorio se abrió de golpe y un pequeño torbellino de cabello castaño rojizo se precipitó sobre la cama, chillando.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Ninguna de las dos pudo reprimir una sonrisa al ver que su hija de cuatro años, Hannah, se lanzaba entre ellas. Tenía los brillantes ojos verdes de Chloe y su espíritu inagotable.

—Buenos días, pequeña —susurró Chloe, puntuando cada palabra con un besos que hizo reír a Hannah—. ¿Dormiste bien?

Hannah asintió con entusiasmo.

—¡Soñé con la playa! ¿Podemos ir hoy? —Volvió su mirada hacia Erin, quien rió y atrajo a su hija hacia ella.

—Por supuesto que podemos, cariño —Erin depositó un beso en los rizos desordenados de Hannah—. Es sábado, así que mamá no tiene trabajo. Nos pasaremos todo el día en la playa —anunció.

Hannah lanzó un grito de júbilo, rodeando con sus pequeños brazos el cuello de Erin. Sobre la cabecita de su hija, Erin intercambió una mirada cómplice con Chloe.

Tras un desayuno sin prisas, la pequeña familia cargó las bolsas de playa y las toallas, y emprendió el breve paseo desde su casa hasta la orilla. Hannah corría adelante, su risa feliz flotaba en la brisa marina.

Chloe deslizó su mano en la de Erin mientras seguían el camino a un ritmo más sosegado con sus dedos entrelazados.

—Es una suerte criar a Hannah en este pequeño paraíso junto al mar —comentó con la mirada perdida en las olas que rompían contra la orilla—. Todavía recuerdo cuando la trajimos del hospital a nuestro primer hogar cerca del muelle. Lo pequeña y frágil que parecía entonces.

—Ahora apenas podemos seguir su ritmo —reconoció Erin con una sonrisa, observando a Hannah cavar en la arena húmeda.

Y en su voz también había un tono de asombro. La niña decidida, creativa y absolutamente única en la que se estaba convirtiendo su hija no dejaba de sorprenderla.

Pasaron las siguientes horas construyendo castillos de arena, adentrándose en las frías olas, recolectando conchas y piedras pulidas por la marea. Hannah se lanzaba sin miedo a las olas, chillando cuando la espuma rodeaba sus rodillas.

Cuando por fin Hannah se agotó, volvieron de la mano por la orilla hacia casa, con el cabello mojado secándose al sol. En el pueblo, caras conocidas les saludaban desde las tiendas y aceras.

—¡Buenas tardes, familia Walsh! —llamó el dueño de una de las tiendas de conchas. Hannah mostró con entusiasmo el cubo lleno de tesoros de playa.

—Mira qué bonitas —elogió el anciano, obsequiándole con una piruleta—. Tienes el mejor ojo para las conchas de la ciudad, señorita Hannah.

Hannah parecía resplandecer al escuchar las palabras mientras intentaba abrir la piruleta con sus pequeñas manos.

Mientras subían la colina hacia casa, una rápida bola de pelo castillo casi derriba a Erin, lanzándose contra su cuerpo. Tanto Erin como la niña rieron, acariciando la cabeza de su perro.

—¡Hola, Sandy! ¿Has sido buena mientras estábamos fuera? —la perra ladró

emocionada, frotando su húmeda nariz contra la palma de Erin.

Tener un perro había sido idea de Chloe poco después de que Hannah cumpliera dos años. Esperaba que un cachorro enseñara a su hija ternura y responsabilidad. Claro que, en la realidad, la mayor parte de los cuidados del perro habían recaído en ellas, pero Hannah adoraba a Sandy como a una hermana peluda.

Mientras Hannah colocaba las conchas con el resto de su colección, Chloe llevó a Erin discretamente a un lado con una sonrisa cómplice.

—Entonces, ¿qué es eso que escuché sobre cierta escapada de aniversario de boda el próximo mes mientras Hannah se queda con sus tíos?

Erin esbozó una sonrisa, siguiendo el juego.

—Ni idea de lo que hablas. ¿Debería preocuparme de que alguien planea secuestrar a nuestra hija?

—En serio, Erin —protestó su esposa.

—Bueno, se supone que era una sorpresa, pero... —bajó la voz, incapaz de contener una sonrisa de emoción—. Reservé una pequeña villa en Bali. Solo nosotras dos y esas hermosas playas tropicales. Supongo que Ana no se ha podido quedar callada, ¿no?

—Eres increíble —reconoció Chloe—. Cada día contigo se convierte en lo mejor de mi vida. No podría pedir más felicidad —reconoció, tratando de mantener a raya las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos.